ENRIQUE AMORIM

La Trampa del Pajonal

CUENTOS Y NOVELAS



CUADERNOS URUGUAYOS

ENRIQUE AMORIM

La Trampa del Pajonal

Desde "Veinte Años", su primer intento poético, hasta "Eva Burgos", novela publicada luego de su muerte, ocurrida en 1960, la vida de Enrique Amorim estuvo consagrada a la creación literaria. Indudablemente, el cuento y la novela fueron los géneros a través de los cuales se expresó con mayor ardor esta vocación.

"Amorim" inicia su obra narrativa, integrada entre otros, por "Las Quitanderas" (1924), "Tangarupá" (1925), "Horizontes y Bocacalles" (1926), "Tráfico" (1928), "La Trampa del Pajonal" (1928) y "La Carreta (1929), que reúnen la mayor parte de su producción como cuentista; y las novelas "El Paisano Aguilar" (1934), "El Caballo y su Sombra" (1941), "El Asesino desvelado" (1945), "La Victoria no viene sola" (1953), "Los Montaraces" (1957), etc.

En "La Trampa del Pajonal", figuran los rasgos que caracterizan su temática; la preocupación por la injusticia social, esbozada en "Farías y Miranda, avestruceros"; el tratamiento de temas tradicionales vividos por los nuevos tipos sociales del campo rioplatense,

CUADERNOS URUGUAYOS



3

AMORIM / LA TRAMPA DEL PAJONAL

ENRIQUE AMORIM

LA TRAMPA DEL PAJONAL

CUENTOS Y NOVELAS



EDICIONES DEL RIO DE LA PLATA / MONTEVIDEO

Primera Edición - Buenos Aires, 1928

Printed in Uruguay Impreso en el Uruguay

DIARIAMENTE

Encendióse la luz del comedor. Alguien, en voz alta, enteró a la familia que la comida estaba servida. Se oyeron dos sonidos simultáneos de sillas arañando el pavimento. En seguida, pasos desde los extremos de la casa. El rechinar de un picaporte, menudo sonar de vajilla, un timbre, y comenzó la comida.

En la mesa se halla el matrimonio y sus tres hijos. El mayor, una niña de quince años, rubia, blanca, grave, en la cabecera, frente al padre, un hombre canoso, de cejas pobladas, negras; ojos vivos, y cansada boca sensual. A su derecha, su mujer, hermosa, sana, rozagante, enérgica, con los ojos inyectados en sangre, por el llanto de horas y días pasados. No obstante, sonríe plácidamente a sus hijos, con el ánimo preparado, a fin de que su marido halle en su rostro suavidad y disculpas. Premeditados sus ademanes, aparenta tranquilidad.

A la derecha de la madre, los otros dos vástagos, varones ambos.

La criada sirve, enterada del estado de ánimo de los amos. Por esa razón, su cariño manso y acentuado de criada comprensiva, irrita al dueño de casa.

La criada suaviza sus ademanes, pasa los platos con delicadeza, se acerca a los niños y les dice menudas palabras de cariño, al servirles. Hay en ella un cuidado propio de quien tiene consideración, lástima, ternura. Un aire de amable componedora, irritante.

El amo comprende. La criada se ha enterado de todo, lo sabe todo. Se ha ventilado una vez más, entre los cónyuges, la histórica infidelidad del señor. Una vez más, él, el perdonado, sentía el peso de un nuevo eslabón en su cadena. El primero, cuando la hora del perdón. Y, diariamente, uno más...

Se le toleraba como perdonado. El, el amo, pasaba a ser un esclavo. Por una causa u otra, con o sin razón, diariamente la palabra perdón...

La criada lo sabe. Los niños lo sospechan... El hombre sorbe cucharada tras cucharada su sopa humeante. Piensa en la carta, en la imprudencia, en los anónimos.

Es un chocar de lozas, cucharitas, tenedores, cuchillos, copas... El silencio duerme bajo la mesa, como un perro lanudo, hosco y fiero. El tic-tac del reloj les llama la atención. Los niños están silenciosos. Es sospechosa la actitud de la niña. ¿Juzga? ¿Recapacita? ¿Qué sabe? De pronto, guiña un ojo a su hermano que le sigue. El padre la sorprende y suspira. Quiere hablar la madre y no puede. Dice al rato algo sin sentido, una tontería. El menor de los niños toma la palabra, y padre y madre sonríen. ¡Cuánto les cuesta! Pero la conversación se anima. La criada también sonríe; siente como si se le hubiera desatado un nudo en la garganta.

Ríen los niños. La conversación se hace ágil, interesante. El señor enciende un cigarro. Sacude alegremente el fósforo para apagarlo en el aire. Sorbe café, echa la cabeza para atrás, satisfecho, en una bocanada de humo. Quédase luego mirando el humo entrar en la lámpara. Al bajar la vista da con los ojos de su mujer. Parece que

ella le espiase. Le espía, seguramente. Hay recelo, desconfianza...

La charla de los niños anda lejos del lugar, por el campo, por los caminos. La madre los mira uno a uno y suspira. Aquello quiere decir: abnegación, sacrificio, perdón...

El amo se levanta, besa la frente de cada uno de sus hijos, luego a su mujer en los labios y camina hacia el "hall". Toma el bastón y el sombrero. Se da vuelta y ve a su mujer, en el umbral, con encendidos ojos de reproche.

Diariamente así... ¿Vencedora en el hogar? ¿Víctima en él?... No se puede saber...

En la calle el hombre suspira hondamente, libre de la cadena. La mujer, feliz en el fondo, si fuese una bestia, lamería a sus hijuelos, largamente. Los acaricia, los besa y, contenta de su triunfo verdadero, final, rotundo, se torna triste, para no aburrirse. Al día siguiente... ¿Para qué repetir la historia? Diariamente... diariamente...

FARIAS Y MIRANDA, AVESTRUCEROS

I

Acodado en la ventana del cuarto de huéspedes, el avestrucero Pedro Farías contemplaba el amanecer. A medida que el sol iba saliendo, se dejaba estar en aquella cómoda posición. Medía con sus ojos las pampas y cerrilladas de Ñapindá, en donde habría de extender el galope de su caballo. Era el día señalado para la arriada y desplume de los avestruces. Asomaba su delgada faz, curtida por el sol. El acicalado corte de su cabello delataba sus frecuentes y largas estadas en la ciudad.

Al hallarle en aquella actitud, el peón casero, que volvía al tambo con un balde de leche en cada mano, los dejó en tierra y se puso a contemplarle. Aparentaba descansar, a la vera del sendero bordeado de naranjos.

Solamente a un recién llegado —pueblero por más señas— se le podía ocurrir la idea de acodarse en una ventana, a mirar vagamente el amanecer. Aparte de esto, algo debía tener metido en la cabeza aquel forastero, para estarse absorto en tan singular actitud.

Con una sonrisa, que precedió un par de escupitajos en las manos, el peón casero alzó los baldes y continuó su camino.

El avestrucero Pedro Farías acababa de ser juzgado...

Por cuarta o quinta vez, arribaba a la estancia de los Amaro. Siempre en jira comercial, comisio-

nado por un fuerte negociante en plumas. Pero, aparte de su trabajo, en esta ocasión, le llevaba a la estancia de La Ventana un vehemente deseo de alcanzar la gracia de una muchacha, hija adoptiva del matrimonio sin descendencia de los Amaro. Floriana se llamaba la protegida. Habíala conocido en un corso de Carnaval, en la vecina ciudad. A más de su rozagante y rubia juventud, Floriana poseía otro atractivo: seguramente habría de ser heredera de los dueños de La Ventana. Era, en verdad, mujer conveniente y apetecible para Farías, rudo hombre de campo a quien la ciudad había transformado su vestimenta y suavizado un poco sus manos. Como era delgado, esbelto y rubio, las prendas ciudadanas caían bien en su cuerpo.

Acodado en la ventana, dejaba vagar sus ojos, desde las pampas y cerrilladas de Ñapindá hasta la casa de los patrones. Sacaba la cabeza hacia afuera, de vez en vez, mirando atentamente a su derecha. Luego se volvía para adentro. A la derecha, entre viejas casuarinas de un verde sucio o gastado, aparecía la casa. El avestrucero aguardaba los primeros movimientos. Una puerta entreabierta, una ventana, el andar de la cocinera por el patio posterior, el ruido de una roldana, el rechinar de un gozne...

Sus días en aquella estancia estaban contados. No pasarían de tres, a lo sumo. Debía, pues, aprovecharlos desde el amanecer.

De Floriana tenía la seguridad de una mirada profunda y poseía un ramito de flores con un papel de plomo rodeando los tallos... Farías anhelaba que Floriana le viese en aquella actitud. Así comprendería los propósitos que le traían a la estancia de los Amaro.

El cielo del amanecer —con una estrella valiente resistiendo aún los rayos tempraneros— limpiaba sus ojos, alejándoselos del sueño. Una rama de paraíso se asomaba en lo alto de la ventana. En las hojas, gotas de rocío por caer la decoraban. Los pájaros abrían la mañana. Cuando Farías se cansaba de mirar los campos extendidos y las antipáticas cerradas ventanas de la casa, metía sus ojos en el follaje. Y así estuvo abstraído hasta el momento en que pasó una tropilla de caballos, en dirección al corral. El tropel de cascos lo despertó.

El día de trabajo había comenzado. Se sentó en su cama; se desperezó; forcejeó luego para colocarse las botas y encendiendo el primer cigarrillo salió al patiezuelo vecino.

En dirección a su pieza venía Pancho Miranda, el otro avestrucero, un hombre retacón, fornido, cara redonda, con bigotes caídos como guampas de vacas tamberas. La curtida piel de su rostro dábale un aspecto de pescador. Más aún con aquellas redes que al hombro traía. Era el "entendido" en lo relacionado al desplume. Acompañado de este sujeto, había recorrido Pedro Farías media República. Si él era imprescindible para tratar y vigilar el trabajo, Miranda lo era también en otra faz del negocio. En ambos, trabajando a la par, confiaba la firma de Leopoldo Carlón y Cía., barraqueros de la ciudad.

Miranda, con las redes al hombro, parecía un pescador camino del mar. Se acercó, dejándolas sobre el caballete enclenque del recado del capataz y le pidió fuego, entre un "buenos días" cortante. Hablaron luego, mientras mateaban de pie, de las precauciones tomadas. No les habría de molestar el viento. La manga, de todas maneras, iba

a ser colocada de boca al Este, de donde podría soplar. Acorralarían así, en la bolsa de la red, a los avestruces y las plumas, evitando desperdicios. Se habló del cuidado que debían tener para que los avestruces no se pasasen al campo vecino. Para esto, según Miranda, era menester ir hasta el fondo de aquella invernada, al trote. Arriar despacio hacia el centro y una vez reunidas las bandadas, precipitarlas en la manga. La tarea iba a ser facilitada por el capataz, que había adelantado un aparte, ordenando parar rodeo esa mañana. Estando la hacienda reunida para el trabajo, no tendrían que cuidar el alboroto de la novillada.

Desplegaron la red. Revisándola y atando una que otra malla suelta, esperaron el momento de churrasquear.

El peón casero llegó con el asador en alto, en donde venía ensartado un costillar y un cuarto de cordero. Clavó el asador y se alejó. Tras del asado llegó la salmuera, en manos del capataz, quien la había preparado en honor a los avestruceros.

—No sé si he perdido la mano, ustedes dirán... —exclamó el capataz mientras rociaba el cuarto, agitando la latita con la salmuera.

El aire era aún frío. Mediaba setiembre. El campo verde con relámpagos de plata. En algunos lugares aparecían rastros de escarcha. Los caballos ensillados fueron traídos al patio. Allí solamente entraba el caballo del capataz, de manera que se hacía una excepción con los de los avestruceros. A un mismo poste de la verja circundante fueron atados el rabicano de Farías y el alazán de Pancho Miranda. Las bestias traían los cascos húmedos de rocío. No bien entrados en el patio de tierra seca comenzaron a picar el piso. Al momen-

to, los vasos estaban cubiertos de barro. El alazán de Miranda, con la cabeza gacha, hacía sonar la coscoja del freno. Con el hocico pegado al tejido de alambre, el rabicano permanecía inmóvil, mientras el caballo del capataz le olía la panza, desconociéndole.

Matearon los tres hombres en silencio. Miranda, cuando terminó de churrasquear y dio las gracias por el mate, se puso en cuclillas a revisar detenidamente la red. Llevaba el cigarrillo a los labios, para poder disponer de las manos, y con los ojos entrecerrados para que el humo no se los dañase, ataba nudo tras nudo, en las fallas de la red. Farías, escarbándose los dientes, no perdía un solo momento de mirar a "las casas". Para desembarazarse de su preocupación, cortó unas achuras del cuarto de cordero, arrojándoselas a los perros que merodeaban. Apartó una gordura elegida para dársela en la boca al perro del capataz, un mastín barcino, cola quebrada.

Uno de los peones, el Lechuza —un sujeto desdentado, con asombrados ojos redondos—, se acercó en busca de la red. No necesitó hablar, ni explicarse, para que Miranda le diese la manga. Bastó que el avestrucero la arrojase a un lado, como abandonándola, para que el Lechuza se la llevase.

Cuando el peón, acompañado de "un comedido", partió en dirección a Ñapindá, Miranda les gritó:

—¿Llevan las estacas, che Lechuza?

El peón detuvo su caballo. Como iban a unos cincuentra metros, conversando, no le oyeron. Al no ser respondido, tornaron la vista sobre ellos, los tres hombres que rodeaban el asador. Bastó un segundo grito, esta vez de Farías: "¡Las estacas!",

para que el peón, inclinando una y otra vez la cabeza, diese la respuesta tranquilizadora.

—¿La van a colocar a la caída de la zanja? —preguntó el capataz.

—Sí —respondió Miranda—; al fondo del campo, así los embocamos todos en una corrida.

Miranda no perdía de vista a Farías, quien, con un pedazo de carne en la mano, levantando la vista hacia "las casas", esperaba el salto de un perrito hambriento. Floriana, al oír la voz del avestrucero cuando interrogó al Lechuza, habíase asomado a la ventana de la cocina. El capataz, más amigo de Miranda que de Farías, se entendió con aquél con sólo una mirada. Para alejarlos del lugar, levantándose, desperezó sus brazos y entre una saltarina rueda de perros que le festejaban, exclamó decidido:

—¡Bueno, compañerazos, al campo!

Caminó hasta su caballo, un gateado cabezón y coludo. Revisó la cincha, encendió su pucho y previo un golpe con su manopla en la badana del recado, montó. El gateado era escarceador y saltarín. Los perros alcanzaban con sus hocicos las botas del capataz. Saltaban alegres, porque una salida al campo en día de rodeo enardecía a los perros. Miranda ajustóse el cinto, corriendo un ojal, en cuyo agujero no le fue fácil ensartar la uña de la hebilla. Farías, en un trapo sucio, limpió el cuchillo, andando hacia su caballo.

—Este alazán debe estar apestau... no hace más que dar vuelta la coscoja con la cabeza cáida... —dijo Miranda al montarlo.

—Algún hava, siguramente... —sentenció el capataz, alejándose al tranco.

Tras suyo, Miranda seguía comentando la posible enfermedad de su alazán. Para evitar un golpe en la cabeza, de una rama baja de paraíso, Farías inclinó el cuerpo hasta rozar la cara con las crines paradas del rabicano. Aprovechó aquel accidente, que ya habían salvado sus compañeros, para mirar hacia atrás. Y alcanzó a ver a Floriana, de pie, vestida de blanco, en la vereda que circundaba a la casa. Al ponerse otra vez erguido, creyendo no ser visto, sacó su sombrero, en un gran saludo a la muchacha. Miranda le vio. Como no era hombre de pelear por una pollera, pero sí de ganarla con astucia y malicia, sonrió, tosiendo.

Al trote entraron en la invernada de Ñapindá. Hasta ellos llegaba el balido de la hacienda, puesta ya en rodeo. Ni el uno ni el otro enamorado se atrevió a mirar la casa del patrón, que quedaba a sus espaldas. El capataz sí, dióse vuelta y vio a Floriana en el frente de la casa, a la entrada del jardín. Sin duda alguna, estaba enamorada de uno de los avestruceros. El capataz sofrenó un poco su gateado y mirando a los hombres, pensó:

—A cuál de estos dos mirará la Floriana...

Y espoleando su caballo, como si arriase a los dos avestruceros, rompió en un galope, seguido inmediatamente por el alazán y el rabicano.

II

El rodeo "parado" ponía una movible mancha roja sobre la cuchilla. El campo, en toda su extensión, estaba limpio, desierto. En la rinconada, sobre la zanja, se podía ver un hombre a caballo luchando para llevar hasta el rodeo un novillo, sin duda rengo o abichado. Y un poco más arriba,

casi sobre la divisa, dos hombres de a pie —el Lechuza y su acompañante— colocando la manga.

Los avestruceros acompañaron al capataz hasta el rodeo. Ya que el hombre había anticipado un aparte, para facilitar la avestruciada reuniendo en rodeo los novillos, decidieron acompañarle a fin de ver el estado de la hacienda.

El capataz tenía un aire de propietario que se afirmaba más con la ausencia del patrón. Quería enseñarles la invernada.

Mientras el hombre —seguido de Miranda— se metía en medio del rodeo mirando a uno y otro lado, en reconocimiento, Farías daba vueltas en torno, evitando la dispersión.

—Novillada pareja —dijo Farías para entrar en conversación con el sota - capataz, que andaba como él, al tranco, rodeando la novillada.

—Media flaquerona... Está muy trabajau el potrero este... —agregó el sota—. Vamo a ver si haciendo un aparte se aliviana el campo...

Volvió un silencio agujereado de balidos a molestar a Farías. A su lado jamás se hablaba. El sota, como despreciándole, se alejó so pretexto de reintegrar un novillo al rodeo. Farías vio al capataz conversar animadamente con Miranda. Este reía, mientras hablaba, como si contase una historia graciosa. Fastidiado, Farías dejó caer su arriador sobre el lomo de un novillo. El chúcaro animal se metió entre los otros, provocando la dispersión de algunos. Avanzaron al mismo tiempo, como si Farías los hubiese azuzado, los perros tras del novillo. Alejado del rodeo, tuvo que "espuelear" su rabicano y lanzarse tras él. El vacuno mañereaba, acosado por la jauría. Rumbeó hacia una pendiente. Por allí tuvo que correr Farías, hasta

pechar el novillo y enderezarlo para el rodeo. El rabicano daba saltos sacudiendo el cuerpo del jinete. Nadie se había comedido a ayudarle. Y desde el rodeo le miraban, esperando seguramente verle caer o fracasar.

Farías comprendió y enderezando hacia el capataz le gritó a Miranda:

—¡Vamos, que ya tendieron la red!

En aquel momento comenzaba el aparte. Dos peones cruzaron por su lado con un novillo en medio, que intentaban llevar a pechadas. A unos cincuenta metros, dos señuelos negros aguardaban, cuidados por un peón, la llegada de los novillos flacos. El capataz, que iba indicándoles a los peones los animales a apartar, suspendió la tarea para decirle al sota, mientras los avestruceros se alejaban:

—Aquí va a haber riña entre esos bichos; la Floriana esa los ha tomau del pico...

Pasó en ese instante por su lado un flaco novillo chúcaro, seguido de los peones. Envueltos en una nube de polvo, el capataz y el sota sujetaron sus encabritadas cabalgaduras. Sofrenando su caballo, el sota pudo agregar:

—¡Se la va a ganar el pueblero, si es brujo!

El aparte continuaba, no obstante la aparente distracción de los hombres. El capataz, con la vista, apenas haciendo una "entrada" con su gateado, iba indicando cuáles eran los novillos del aparte.

La red estaba tendida. Farías, de a pie, recorrió estaca por estaca, toda la manga. Miranda, de a caballo, inspeccionaba la bolsa, espacio circular en donde confluían los dos brazos abiertos de la red. El Lechuza y el comedido, llamado Cirilo, se-

guros de haber hecho las cosas bien, se ocupaban en adiestrar y preparar sus caballos. Farías había encargado que cinchasen el suyo. Después de la corrida en el rodeo, el rabicano se le había ido la cincha a las verijas. El Lechuza, teniendo la rienda de su caballo sostenida en el antebrazo junto con el "cabresto" del rabicano, acomodaba el recado del avestrucero. Tiraba con los dientes del "corrión" de cuero. Con las manos tomaba por las cabezadas el recado y lo sacudía, a fin de ajustar todo lo posible la cincha. Luego introdujo los dedos bajo la carona y trató de acomodar el pellejo de la panza del rabicano, hecho un rollo bajo la cincha.

Los caballos estaban listos, revisada la red. Soplaba una brisa leve, que apenas agitaba las puntas de los "mío-mío". Por suerte, no dispersarían la pluma.

Farías se acercó a su caballo, y probó el recado con un par de sacudones. Acomodó el "cabresto" y montó. Su compañero, impasible, desde su alazán, abarcaba con ojos tamaños la extensión de los campos. En dos bandadas estaban divididos los avestruces. Una, la mayor, al fondo del campo. La otra, dispersa en la ladera de una cerrillada, iba subiendo la cuesta.

Los cuatro hombres partieron al trote. Farías detuvo su caballo y le dijo al Lechuza:

—Vení conmigo vos y agarremos para el lado de la divisa...

—No —objetó Miranda—; si agarran contra el alambrau, no vamos a poder juntarlas todas... Mejor...

—¿Mejor qué? —interrumpió violentamente Farías...

—Mejor es reunirlas, así caen todas juntas... Primero las de la ladera... —continuó tranquilamente Miranda.

—Déjeme no más —concluyó Farías.

Y dirigiéndose al Lechuza ordenó:

—Vení conmigo, agarramos por el lado de la divisa y ustedes repuntan las otras para el centro del campo... Después atropellamos con las dos bandadas reunidas.

Se separaron... Miranda, socarronamente, sonrió, diciéndole a Cirilo, el comedido:

—Me va a enseñar éste a encerrar ñanduces.

Partieron rumbo al monte, a galope tendido. El caballo de Cirilo era roncador y marcaba los saltos de su carrera con un bufido que le hacía temblar el morro.

—¡Parece una vieja rezongona! —exclamó Miranda—. Buena musiquita para dormir en el matungo...

El comedido no se atrevió a comentar.

La bandada más numerosa se fue uniendo. Los avestruces, al ver a los cuatro jinetes rodeándoles, se juntaban ya desconcertados. Imaginaban un círculo en donde no había espacio para escapar. Alargaban el pescuezo, unos. Otros, gambeteando, corriendo de un lado para otro y deteniéndose repentinamente, daban señales de desconcierto. Serían unos cuarenta, bien emplumados. Desde los mayores —los machos sin duda— corrían arrastrando las alas, como los paisanos cuando se hacen los guapos y arrastran el poncho en compadrada de gaucho pendenciero. Volvían a reintegrarse al grupo sin saber qué rumbo tomar. De un lado —al Oeste— tenían el monte; en el Norte y el Sur, dos parejas de jinetes. Su única escapatoria era ende-

rezar para el centro del campo, en dirección a la otra bandada. Y así lo hicieron. Volcáronse en veloz carrera hacia el medio del campo, enfilados de dos a dos y llevando a la cabeza un macho que había plegado las alas en resuelta carrera. La bandada menor, que iba tranquilamente subiendo la cuesta del rodeo, comenzó a inquietarse. Se podían ver corridas como de ensayo entre los de ese grupo.

Miranda y Cirilo se alejaron de la bandada en marcha. Galopaban hacia la ladera en busca de los otros "ñanduces". Arriándolos hacia el centro del campo, reunirían a todos. Pero, de pronto, Miranda vio a Farías emprenderla con la primer bandada. Seguido de perros y a gritos furiosos, aquél y el Lechuza espantaban los avestruces en dirección a la manga. Los cascos de los caballos sonaban en tierra. Una nube de polvo tras de cada jinete y adelante el torbellino de avestruces en dirección a la manga. Los rezagados, sesgando, arrastraban las alas en veloces zig-zags. Chocaban, al parecer, o se cruzaban en la carrera. Alargados los pescuezos, los cuerpos apretados y finos. Las patas, al correr, eran levantadas hasta ponerlas casi a la altura de los cuerpos. La bandada gris era una mancha movediza, con relámpagos blancos que daban los cuerpos por momentos descubiertos por los alones. Daban la impresión de que fuesen perdiendo y recuperando sus plumas, como si el viento en la velocidad que llevaban, les voltease las alas.

La embestida de Farías y El Lechuza había sido eficaz. Los brazos de la manga apresaron a todos los avestruces. En aquel embudo se redujo el torbellino. Ciegos, algunos, chocaban en la manga, la costeaban en seguida y confluían en la bolsa.

Allí dentro se daban unos contra otros, haciendo cimbrar con el peso de sus cuerpos las cuerdas de la tirante red. Inmediatamente, en la boca de entrada, se detuvieran, encabritados, los dos jinetes. El Lechuza se apeó para cerrar "la boca". Su maltrecho caballo respiraba con fatiga, haciendo sacudir las estriberas, que oscilaban como péndulos. A su alrededor aullaban los perros. Dos de ellos se metieron dentro del círculo de la bolsa. Como eran de la estancia, no obedecían a la voz de Farías. Hubo que sacarlos a rebencazos.

Dentro de la red, la bandada era un torbellino de patas y pescuezos. Unos, despatarrados, con los picos abiertos: otros, con las cabezas metidas en la red. Sobre los caídos, las recias extremidades de los demás se afirmaban dando patadas. Farías, para evitar que se estropeasen, estrechó el círculo con un apéndice de red, que servía para cerrar la entrada.

Silencioso, Farías, apoyándose en uno de los postes, esperó el arribo de Miranda. Cuando éste se apeó, quiso explicarle su precipitación.

—Iban a ser demasiadas, si las juntábamos. Total, tenemos tiempo esta tarde, o mañana...

Miranda no discutía jamás. Comprendió que el deseo de Farías era prolongar lo más posible aquella avestruciada. Y entró decidido en el círculo, desenvolviendo el maneador con el cual trabajaba. Había que empezar con el desplume.

Cirilo, dirigiendo la vista hacia el alambrado de la divisa, le dijo a Farías:

—Ayá en el alambrau, se enredó unita... Está colgada, ¿quiere que la desenriede?

Farías miró hacia la divisa y comprobó el caso. Había allí un ñandú patas arriba. Se hallaba en-

redado entre los alambres.

—Dejá no más —contestó Farías— yo voy a ir a sacarla.

Montó en su rabicano y galopó hacia el lugar. El avestruz, al ver que se acercaba un jinete, comenzó a agitar las patas. Sacudía, al mismo tiempo, sus alones caídos. Había metido ambas extremidades entre los tirantes hilos de la divisa. Al volcar su cuerpo, torció los alambres en tal forma que se apretaban a las patas como un cepo. Al agitarlas, iba pelando el pellejo de ellas, hasta el punto de poder verse el hueso de la canilla al descubierto. Los alambres estaban ensangrentados. El pico, caído, llegaba hasta la tierra. Con la baba que le salía y el polvo, habíase formado un barro que le cubría casi por entero la cabeza. Aquel espectáculo hizo sufrir al avestrucero. Creyó lo más conveniente sacrificar el ñandú. Era imposible, sin quebrarlas, sacar las patas de entre los torneados alambres. Y le metió la punta del cuchillo en la garganta, degollándolo como a una gallina. Torcióle el pescuezo y el avestruz dejó de sacudir las patas. Quedó colgado del alambrado, inmóvil...

Al cabo de un escaso cuarto de hora, las hábiles manos del avestrucero sacaron el cuero del avestruz como quien quita un guante pegado a la mano de un muerto. Con el pellejo sobre las ancas, trotó hacia el lugar del desplume.

Habían llegado los peones de la estancia con el capataz. El rodeo iba bajando el cerro como si se desmoronase lentamente. Poco a poco, la mancha colorada de la hacienda reunida se derramaba por la verde ladera.

Los peones de La Ventana secundaban la tarea de los avestruceros. Para algunos era una nove-

dad. El Lechuza andaba de un lado para otro, con una bolsa, recogiendo las plumas pequeñas desparramadas. Los que desplumaban hacían apretados mazos con las plumas. Aseguraban fuertemente las patas de las aves con maneadores y apretaban con pies y rodillas los grandes alones. En algunas plumas, al arrancarlas, aparecían gotas de sangre. Cada uno de los trabajadores tenía un plumero en las manos. Las aves desplumadas, blancas como ovejas recién esquiladas, huían despavoridas del lugar gambeteando por la verde llanura. A lo lejos, eran locos puntos blancos, que ora se detenían, ora huían unos tras otros, sin rumbo fijo, asustados aún.

Caía el sol sobre los campos verdes de temprana primavera. Farías, en cuclillas, fuera de la red, apretaba los mazos de pluma, atándolos con hilo. A pocos pasos, el rabicano, con las riendas caídas, pastaba. Quedaba un solo ñandú por desplumar. Uno de los peones de la estancia intentó jinetearlo, horquetándose en su cuerpo. El avestruz sostuvo un segundo al muchacho y aflojó luego sus patas, dejándose caer. Montado en ella, el peón fue arrancando las plumas. Las contaba. Como sus tirones eran poco hábiles, los alones quedaban ensangrentados .

Miranda hablaba con el capataz, armando un cigarrillo de chala. Ahora Farías amontonaba los mazos de pluma. El capataz quiso saber por qué habían dividido el trabajo en dos corridas. Comprendió, previas las explicaciones de Miranda, cuáles eran las intenciones del avestrucero. Quería, a no dudarlo, prolongar la estada en La Ventana.

Al medio día rumbiaron para las "casas". Farías "se cortó" adelante, solo. Llevaba el sombrero caí-

do sobre la nuca. De las ancas del rabicano pendían los alones del ñandú sacrificado. La cola del caballo, mientras el avestrucero andaba al trote, iba haciendo una "s" que viboreaba. Tras de Farías los peones jaraneaban. Se escuchaba la coscoja de un freno. Miranda hacía sus cálculos, con la mirada fija entre las orejas de su alazán...

III

Después de la comida, Farías dejó al capataz y a su compañero en el comedorcito de los huéspedes de trabajo. Salió a fumar al patio, seguido del perro del capataz. El animal parecía husmear los pasos del avestrucero. Le había seguido toda la tarde y ahora, por la noche, le miraba largamente, como si esperase algo de sus manos.

A unos cincuenta metros, entre la oscuridad que abrazaba la línea de casuarinas, se veía la casa de los patrones. En un muro aparecía el ojo de una ventana, derramando luz sobre la vereda de piedra de loza. De tiempo en tiempo veíase cruzar las figuras de dos mujeres tomadas del brazo. Quebraban la luz al pasar frente a la ventana, proyectando sombras movedizas en el espeso follaje. Floriana —que era una de ellas— torcía, al parecer, su cabeza, para mirar por encima del hombro de su protectora. Escudriñaba la oscuridad. Y veía... veía extrañada la brasa del cigarrillo del avestrucero, que bajaba y subía de los labios a la cintura. A veces más bajo, hasta alcanzar, con una caricia en la punta de los dedos, la cabeza levantada del perro.

Farías se recostó a la pared. Levantó un pie, hasta calzar en el zócalo el taco de la bota. Su ca-

beza descubierta recibía el fresco nocturno. El viento hacía silbar el silencio de la noche en las hojas como agujas de las casuarinas. Se oyó el ladrido sonámbulo de un perro mal dormido; un relincho lejano, el resoplar de un caballo recién desensillado, el ruido del agua de una vasija al ser arrojada desde la puerta de la cocina de los peones, una tos ronca, luego un silbido, y siempre el viento nocturno en las ramas de las casuarinas.

La pareja de mujeres había pasado muchas veces frente a la ventana iluminada. Rodeaban la casa, paseando. Se detuvieron en la ventana. La luz se apagó estando ellas allí y luego continuaron el paseo. Los ojos de Farías se acostumbraban ahora a las tinieblas. Creyó oír voces, palabras entrecortadas, murmullos. El perro se echó a sus pies, con la cabeza a ras de tierra. En la oscuridad, las dos mujeres se hacían fantasmas en los ojos del hombre. Se dio a soñar, a calcular, a proyectar. Se veía paseando por aquella vereda. Floriana le había mandado buscar para agradecerle el emplumado cuero del ñandú enviado aquella tarde como obsequio suyo a la muchacha. Se veía allá, en la casa, con los patrones, mirando hacia la casita del capataz, hacia los galpones, hacia el campo.

Cuando la colilla del cigarro le quemó los dedos, arrojóla por encima del perro, el cual dio un salto y se alejó. En ese momento vio aparecer, en el lampo de luz que salía del comedor de los huéspedes, las sombras de Miranda y el capataz. Este les dio las buenas noches y caminó hacia su cuarto. A su lado quedó Miranda, terminando un cigarrillo y desperezándose. Al entrar el capataz en su cuarto, lo alcanzó el peón.

—¿Mañana ensillo pa' los avestruceros? —preguntó.

—¡Ah! —exclamó el interpelado saliendo al patio y dirigiéndose a Farías—. ¿Van a salir temprano, don Pedro?

—Bueno... Sí —dijo entrando en su pieza— ensillá pa' todos y hay que cuidar la pasada del correo, mirá que hay cartas.

El peón, recostado en el marco de la puerta, como si estuviese borracho, hizo una pregunta más. El capataz, dejando sobre su mesa de luz el cinto con el revólver y el cuchillo, contestó sin mirarle.

Los dos avestruceros se fueron a la cama. Miranda dormía en una pieza contigua a la del capataz. En la de huéspedes, solo, Pedro Farías.

IV

Apagada la luz de su cuarto, Farías volvió a acodarse en la ventana, como en el amanecer. Esperaba ver a Floriana, cuando todos se hubiesen recogido. La escena del corso de Carnaval vivía íntimamente en su recuerdo. El ramo que ella le había tendido, con una mirada de lo más significativa, le daba ánimo para esperar. Luego el obsequio del pellejo, con sus dos alones magníficamente emplumados, debía haberle impresionado bien. Pensando en ella, en lo que podía significar para su vida una unión semejante, llegó a sufrir más que nunca su pobre condición. Aquellos cuartos de huéspedes de las estancias, que eran el límite hasta donde podía llegar él, le hacían padecer. En La Ventana, lo mismo que en El Mirador, que en El Paraíso, que en El Fondo... En todas las estancias le enseñaban el cuarto de hués-

pedes, como diciéndole: Más allá está la gente "deveras", los ricos, las mujeres, la mesa bien servida... Hacia atrás están los galpones, la cocina de los peones, la mugre, los indios, la resaca... Aquí está usted, en el punto medio, tiene una cama, una botella con agua, un vaso, un retrato del toro campeón, la fotografía de un padrillo, una lámpara a kerosene, una mesita... Solían ser terribles sus noches en las estancias. En la ciudad existían las casas grandes y chicas, de ricos y pobres; pero allí era un lugar pobre, en una casa rica... ¡Ah, si Floriana se animase a repetir la escena del corso! Al fin y al cabo, ella era como él, una hija del pueblo. Ella lo sabía, por eso tal vez buscase en él su compañero.

Farías contemplaba la casa de los patrones como si le hubiesen encomendado su vigilancia. Observaba las puertas, las ventanas, la tapia del patio posterior, el arco del aljibe. De pronto, una luz lamió el marco de la ventana antes iluminada. Las rejas vibraron en la sombra. Alguien iba de una pieza a la otra con una lámpara en las manos. Volvió a hacerse oscuridad en torno. Creyó oír una tos nerviosa y a continuación un ladrido suelto, como la palabra de un dormido que sueña en alta voz. Lejos, los teros salpicaban la noche con sus gritos de alarma. El viento arrancó un lamento mayor a las casuarinas. Por el patio cruzó el perro del capataz, un trecho arrastrando las patas rígidas, entumecidas por el primer sueño. Dejó caer fuera de la ventana la ceniza de su tercer cigarrillo. Miranda vio la brasa del pucho. Hacía un buen rato que estudiaba los movimientos de Farías.

Asomó su bigotuda faz en la ventanuca de su cuarto. Una sonrisa se le enredó en los bigotes al comprender que aquella noche era la decisiva. Volvióse hacia adentro y el capataz, que entredormido le preguntó: "¿Qué hay?", le dijo socarronamente:

—Va a embromar poco el flaco ese...

—¿Vas a dir? —volvió a preguntar el capataz.

—Me la va quitar si es brujo... ¡Claro que voy!

Sacó una de las sábanas de su lecho, la envolvió y metiósela bajo el saco.

—¡Cuidau que no te desconozca la perrada! —le murmuró por lo bajo el capataz.

Miranda ya había salido al patio. Ahora camina hacia la casa de los patrones. Anda entre los árboles. Farías, al verle, se le crispan los dedos en el marco de la ventana. Miranda avanza, a la vera del sendero bordeado de naranjos. Cuando el hombre da vuelta en el último arbolito, en dirección al patio del aljibe, Farías no puede más y sale de su pieza cautelosamente. Camina escondiéndose tras de las ramas caídas de los frutales. Le sigue el perro del capataz que olfatea, indiferente, los terrones y las piedras colocadas al borde del sendero. Avanza el hombre cuatro, cinco, seis árboles. En el último se detiene. Puede observar los pasos de Miranda sin el peligro de ser visto. Pero Miranda ha oído los suyos, el ruido de sus botas en los terrones, las agitadas hojas de los naranjos...

Miranda se acerca a una ventana. Al parecer habla con alguien; sin duda alguna llama a Floriana. El corazón de Farías le da un vuelco. Miranda se aleja unos pasos y entra en la despensa de la casa, un cuarto reducido, cuya puerta halla en-

treabierta. Miranda busca la barrica de yerba. Hace un envoltorio, para salir con él en caso de que le sorprendan. Luego se agacha y gatea, protegido por la tapia que se levanta a un metro del suelo. Sin ser visto, anda hacia la cocina. Allí despliega la sábana, se envuelve en ella y cruza velozmente el patio, metiéndose en la despensa. Entorna la puerta. Espía... Su compañero aparta las ramas del último naranjo en donde está escondido y avanza hacia el patio. Miranda le espera. Le ve acercarse. En caso de... Se palpa el cuchillo y sonríe. A pocos metros de la puerta se desliza la figura cautelosa de Farías. Miranda, desde la puerta entreabierta, simula un diálogo amoroso: "¡Floriana, Floriana, Florianita, tenés que decirle a tu madrastra!" Y así, palabras entrecortadas, amorosos murmullos, y la diestra sobre el mango del cuchillo, inmóvil, dispuesta, capaz...

Farías titubea un instante; luego reacciona. Camina hacia el aljibe y bebe haciendo ruido con el jarro en el balde, sacudiendo la cadena... Farías quiere que ellos sepan que él ha presenciado la entrevista. Tosiendo y arrastrando los pies, como si se sacase el barro de las botas, se aleja para su pieza. Desde la ventana vuelve a observar. Floriana, toda de blanco, velozmente huye de la cita. A los pocos minutos, Miranda, chato, retacón, sale con un paquete de yerba en las manos. Avanza por el camino bordeado de naranjos. Un perro le olfatea y reconociéndole le sigue. Ha entrado en su pieza. Sacude el cuerpo dormido del capataz que, somnoliento, le pregunta:

—¿Qué hay? ¿Y salió bien la cosa?

—Lo engatusé, compañero, lo reventé... Pero me

vi mal cuando se acercó, ¡lo esperaba para tumbarlo!...

—¡Bárbaro! —dijo el capataz, y dándole la espalda, le pidió—: dejame dormir, ¡qué loco! ¡Mirá si se alarma la patrona!

Cuando Miranda tiró sobre la cama la estrujada sábana, ya se oían los profundos ronquidos del capataz. Farías, en su pieza, se tumbó en cama, de bruces, e hizo fuerzas para no llorar.

Ladraron los perros. Las casuarinas silbaban tristemente. Cruzó, con un chistido largo, una lechuza. Uno tras otro, se oyeron los tres silbidos de la viudita. A lo lejos mugió una vaca; desde el corral del encierro partió la respuesta hambrienta de un ternero.

Cuando se levantaron los peones de La Ventana, el avestrucero llevaba ya, sorbidas en el mate, tres calderas de agua. El peón casero le miró de reojo. Pedro Farías estaba cabizbajo, bajo la mañana primaveral, radiante, toda llena de pájaros...

Su vida no variaba. Estaba fatalmente destinado a ser avestrucero siempre. Una próxima corrida en los campos de Ñapindá y muchas otras, planeadas en los cuartos de huéspedes... Eso era todo.

En la casa de los patrones, un ruido de puertas y ventanas que se abrían...

MORIR

Un niño cruzó tres habitaciones corriendo. Llegó a la sala donde su madre recibía visitas y, con palabras entrecortadas por la respiración, exclamó dando palmadas:

—Mamá, mamá, ¡qué alegría! ¡Papá está agonizando! ¡Vengan!

Su madre dio un grito de contento. La acompañaba una señora morena y una joven rubia. Las tres se abrazaron jubilosas. Aquella noticia podíase compartir. Era una una inmensa alegría.

—¡Se va, se va entonces! —exclamaba la señora morena—. ¡Qué dicha, qué suerte la suya, mi buena amiga!

El niño colgábase de las faldas de la señorita rubia. Luego llegó la criada confirmando la noticia. El dueño de casa, moría, agonizaba. Habia que apresurarse para alcanzarle en las últimas miradas.

Corrieron todos hacia la habitación del moribundo. Al cruzar las alcobas las sillas que se llevaban por delante daban menuditos saltos de alegría. Había en la casa y en el vecindario una sencilla alegría de picaportes que cedían el paso por sus puertas. ¿Por qué, al saberse la noticia, al ver el vecindario la entrada del médico, todo él se echó a la calle para felicitar a la viuda?

—¡Se va, se va el general! —gritaban todos—. ¡Ahora sí, ahora sí que lo ha conseguido!

Se entraban en su casa vecinos y curiosos y bailaban en el patio al son de instrumentos de aire, satisfechos, pues la banda del pueblo, la encarga-

da de festejar la ida de sus ciudadanos, demoraba habitualmente media hora en llegar. ¡Pero se trataba del general y llegaron presto! Había honda satisfacción, aparte de la natural alegría, muy propia de quienes festejan la despedida de un ciudadano que se va para el otro mundo.

En la habitación del agonizante estaban su mujer, cuatro hijos, una hermana, la señora morena, la jovenzuela rubia, el galeno y dos criadas. Era tal la bulla que hacían; eran tales los gritos que llegaban del patio, se vociferaba y cantaba en forma tal, que al pobre hombre le costaba morir. Fue así que por indicación del médico, uno de los hijos salió a la puerta y recabó un silencio prudente, a fin de dejar morir a su padre.

Se hizo silencio. No obstante, había murmullos. El enfermo entreabrió los ojos, sonrió y pudo reprocharles:

—Pero cómo, ¿no les alegra mi ida? ¿No se alegran de ver, de saber, de comprender que me voy de aquí, de esto? Realmente...

No había terminado de hablar cuando sus hijos salieron al patio dando gritos de alegría. El vecindario nuevamente entregóse a la fiesta. Bulla, jarana, saltos, risas, carcajadas, gritos destemplados, música grotesca. Y voces que repetían:

—¡Adiós, general; al fin lo has conseguido! ¡Adiós, feliz de ti!

La muerte se hizo cargo del general. Plácido el rostro y sonrisas en los labios entre cada palabra de despedida, el hombre se fue. Sus ojos se paseaban por la habitación como buscando a alguien en los rincones. Agitó las manos, denotando alegría, y luego apretó su diestra, como si diese la mano a la muerte. El médico, en ese instante, dio

dos palmadas y dijo: ¡Bueno, pasó, pasó por fin! Y, el general, bajó la cabeza afirmando.

Se oyó una vez afuera, en el patio:

—¡Bastante te ha costado a ti, buen hombre, huir de esto!

A lo que respondía otro:

—Lo que soy yo, no pienso luchar tanto para salir de esto...

En el patio se bailaba: en la casa se reía; en el barrio se alegraban todos; era fiesta en la ciudad. Aquella muerte costaba mucho al país, costaba demasiado. Sin duda alguna, es una cobardía suicidarse. Un suicida no merece la alegría de los que quedan. La muerte sí, cuando llega, justa y a tiempo, debe ser festejada. El caso es no provocarla. Ella sabe cuando debe venir en busca de los hombres. No ha menester llamarla y menos aún, salir en su busca. Eso se deja para los suicidas, condenados siempre y constantemente combatidos. Debemos aguardar la dichosa hora, con la natural tristeza o pena de vivir. Festejar la proximidad es lo prudente. Cantar las agonías, alegrar las partidas, abrir fiestas y alborozo en la hora deseada. Todo. Pero condenar los suicidios, repudiarlos, llorar, como es costumbre hacerlo, en la hora fatal de la llegada al mundo, cuando los nacimientos.

Algunas voces, desde el patio, subían por la hiedra del muro de la habitación del general. Ellas repetían:

—¡Bastante le ha costado al país la muerte del general!

Y comenzaban a molestar a los felices y alegres deudos. La señora morena trataba de disimular y distraer a su amiga, la esposa del general. No le

parecía bien que cuatro sujetos envidiosos viniesen a echar a perder la fiesta con reconvenciones.

Ninguna mujer se alegraba tanto de aquella muerte como su esposa. Sus hijos estaban en el colmo de la dicha. Pero aquellas voces que bien oía la señora morena llegaban a preocuparle. El ambiente de la habitacinó era realmente merecedor. Una vida como la del general no podía ser mejor despedida. Habíase subido una vitrola y la joven rubia danzaba con el mayor de los hijos. La señora morena lo hacía con el médico, mientras la viuda, inclinada sobre la cabeza del muerto, reía y cantaba.

Subieron a la cámara seis u ocho personajes de la población. La viuda fue muy felicitada inmediatamente. Después, como es costumbre entre la gente de rango y cultura, pasaron los visitantes a contemplar al muerto y cada uno dijo una agradable frase de despedida:

—¡Dichoso de ti; buen viaje!

—¡Feliz de ti, muchacho, yo todavía espero! ¡Aquí me ves!

—¡Quiera Dios sea hasta mañana, pues deseo verte pronto!

Así los ocho personajes de la ciudad.

Con el periodista más conceptuado hablaba el hijo mayor del general:

—Oigo voces, amigo, que me disgustan. Se censura a mi padre. Se dice que fue de los culpables de la guerra, que la lanzó para conseguir la muerte y huir al otro mundo... ¡Es una vileza, una ignominia! ¡Hacen a uno perder toda la sana alegría de este momento!

—Cálmese usted —observó el periodista—. Son algunos envidiosos los que así hablan. Esta carrera

de privilegio, que es la de las armas, suele exasperar al pueblo. Claro está, ellos tienen que aguardar mucho para irse. A veces llegan a viejos. Y eso es espantoso...

—Pero mi padre no ha muerto en la guerra —respondió el hijo.

Se acercó un personaje que escuchaba el diálogo y agregó:

—Sí; no ha muerto en la guerra, aunque la buscó en el frente; ese es el reproche que se le hace... Pero, ¿acaso no la buscan muchos militares y hasta la han alcanzado en el frente?

—Sí —contestó el hijo— la alcanzan, pero nadie festeja esa hazaña. ¡Así cualquiera consigue pasaporte para el otro mundo! Mi padre fue a la guerra; no murió en ella. Consigue ahora, después de cinco años, esa dicha, y se le reprocha... Bien saben ustedes de qué muere mi padre; bien ha dicho el médico: ¡Llegó su feliz hora, nadie la provocó!

—Alégrese, mi amigo —exclamó el periodista—. ¡No deje usted que la fiesta decaiga en lo más mínimo!

Así fue. Dos horas después la casa estaba poco menos que puesta patas para arriba. Dos orquestas amenizaban: una en la calle, la otra en el patio, donde se habían arrojado cascabeles y diminutas campanillas que al ser pisadas o arrastradas, llenaban la casa de sonidos gratos. La alegría pasaba de una habitación a otra, en saltarinas farándulas. Parejas de jóvenes amantes llegaban hasta el cadáver del general y le interrogaban, haciéndole múltiples y originales pullas; espetando chistes; preguntando cosas picarescas y propias de jóvenes que anhelan el arribo de la muerte.

La viuda, en los intervalos de la oración, dejaba entrever su tristeza de permanecer aún en este mundo. En comunicación con Dios, imploraba la muerte e imaginaba el alegrón que a sus hijos les daría en la hora postrera.

Aquella señora, según cálculos del médico, debía aguardar muchos años todavía. Su organismo no había entrado aún en el grato y feliz período del desgaste. Necesitaba padecer la vida, aún por un lapso de tiempo mucho mayor que el sospechado por la familia. Como buena creyente —era toda la fe su existencia— cuando se sentía enferma llamaba al médico. Jamás contrarió la religión. Nunca supo ocultar una dolencia. A fin de no ir contra lo establecido, la esposa del general se sometió en todo momento a la ciencia para padecer, como se debe, el tiempo máximo de sufrimiento. Así, sus días no estaban, por cierto, contados. En cambio, su hijo mayor, padecía una grave enfermedad del corazón. Cuando naciera, entre el natural llanto de sus padres y parientes, el médico diagnosticó la enfermedad. Un rayo de sol iluminó las almas. Se aguardaba su muerte. Tanto, que en la fiesta, al contemplar la madre el rostro desencajado del hijo, le besó repetidas veces, llena de alegría, diciéndole:

—¡Ah, si te fueses hoy, hijito, si te marchases hoy! ¡Cuánto lo ruego!

El niño sonreía, se llevaba las manos al corazón como significando que por ahí entraría la parca. Quería prometer a la madre.

—Pero no te excites, hijo mío —aconsejaba la viuda—, no provoques la muerte. Sé firme. Aguarda. Haz como tu padre.

Sin embargo, madre —respondió el hijo—, ya oyes cómo se murmura. Han llegado voces que entristecen... Di la verdad, madre, ¿papá se hizo militar para buscar la muerte?

—Nada sé, hijito. Como buen creyente que era, jamás tentó a la muerte. ¡Fue militar pero no suicida! —respondió la viuda.

Nuevas parejas llegaban a saludar al difunto. Después de improvisar discursos y derrochar ingenio, se marchaban. En la puerta, la viuda les aconsejaba:

—Cásense, pequeños. Cumplan con el dolor, den sus tributos a la vida. Así se acercará más pronto la hora anhelada. Gasten sus energías, trabajen, diviértanse; quiten hilo a la madeja para acabar pronto con ella...

Los jóvenes, siempre confiados, respondían llenos de esperanzas cosas como éstas:

—Yo llevo adelantado camino, señora; mi médula viene cansada desde mi abuelo, ¡por suerte! ¡Es la herencia de mi padre! ¡Gastó bien su vida!...

U otras tonterías por el estilo. Cosas de niños, de incrédulos y confiados jovenzuelos.

A la cámara del general llegaban ancianos, cuyas palabras eran, invariablemente, éstas:

—¡Hasta cuándo, hasta cuándo!

La viuda, al ser felicitada, se veía en la obligación de tranquilizarlos:

—Ya llegará. Están ustedes con Dios, no buscan la muerte. Padecen, padecen.

—¡Y por qué a nosotros no nos han llevado, Dios mío! —exclamaban los viejos—. ¡Cuántos niños se van sin padecer al mes de nacidos! ¡Y a uno lo tienen aquí medio siglo!

—Los hijos pagan a veces los pecados de los padres —sentenció la viuda.

—Eso digo yo —reptitió tres veces la sentenciosa frase un anciano—. Ellos no padecieron lo suficiente, no gastaron la vida antes de dar vida... Por esa razón no traeré hijos a esta vida, no.

Llegaba la hora de la cremación. Los hornos ya estaban dispuestos desde la mañana. La orquesta municipal había abandonado a mediodía la casa del muerto para apostarse frente al horno, donde debía ser incinerado el cuerpo del general. La viuda pidió que los soldados fuesen de civiles, a fin de olvidar en el acto la condición social del muerto. Temíase, por otra parte, que los antimilitaristas echasen a perder la fiesta.

El carro que condujo los restos del general llevaba diez antorchas, alegres, chisporroteantes. Campanas, cascabeles, música, alegría sana, verdadera, franca, desinteresada, corría por ls calles, camino de los hornos.

El cuerpo del general fue convertido en cenizas. Desde lo alto del muro, levantado para las ceremonias, fueron arrojadas al mar las cenizas del general desaparecido por la acertada y justa voluntad divina. Una ola inmensa chocó en ese momento contra el muro, salpicando a los deudos en los altos plantados. Se diría un homenaje del mar. A los pies del muro la muchedumbre estallaba en alegre gritería y danzas modernas y antiguas. La soldadesca, toda ella de civil, se singularizaba por sus cantos típicos guerreros. Todos eran pidiendo el fin de sus días y justificando su paso por el mundo en calidad de guerreros. Había imprudentes que, con el afán de acabar de una vez, se arrojaban desde lo alto del muro. Un redondo silencio

hostil se hacía para ellos. Allí quedaba el audaz en el medio de un círculo, casi condenado. Eran todos ellos de la odiada casta de los suicidas.

Se fue haciendo la noche. Arriba, en lo alto del muro, los deudos seguían cantando y bendiciendo la hora; dando gracias al cielo, que se cubría lentamente de estrellas.

La fiesta habría sido perfecta si un detalle insignificante hubiere pasado desapercibido. Se trataba de unos locos que adheridos a la nueva religión vesánica se dieron a llorar la desaparición del general. Eran tres alargadas sombras pegadas al muro. La policía no dio con ellos, si no, hubiese evitado ese cuadro bochornoso. Eran tres sombras y tres llantos desgarradores, como si alguien hubiese nacido en ese momento...

RELATO PARA 1999

I

La Pampa Central. — Oficina 22. — Febrero de 1999, W. S. T. Buenos Aires. — Usinas de Altas Nubes. Director.

Remita, para setecientas mil hectáreas, nubes de lluvia mansa, duración tres horas. Salúdalo. — Galvani.

El director, monsieur Gouffé, tendió la diestra con el telegrama a su secretario, un hombre pálido, alto, enjuto. Al mismo tiempo, con la mano izquierda, tanteaba en la caja de lápices, a fin de dar con el más grueso, el lápiz colorado. Acomodó luego unos papeles; buscó un anotador cuadriculado y fue trazando, con cierto desgano, una larga línea roja. Abarcaba, en aquel papel, 700.000 hectáreas. La línea comenzaba con la palabra "Pampa", renglón correspondiente a ese pedazo de tierra.

Yo levanté los ojos en el mismo momento que Gouffé alzaba el lápiz. Se encontraron nuestras miradas. Los ojos dulzones del director me interrogaban.

—Fiesta en la Pampa ¿eh? —murmuré— lluvia de tres horas...

—No les envío más que para dos... ¡Ese Galvani, un día de éstos, me va a pedir el diluvio universal! —exclamó con un aire de buen humor, muy suyo por cierto.

—Y ¿necesitarán riego esas regiones? —inquirí.

—Sí, pero... fíjese Vd. —me alargó la planilla.

— San Luis, que necesita más agua, es de pedidos discretos. ¡No dan abasto las "32 Cazadoras"!

Recorrí con los ojos la planilla. Efectivamente, la Pampa era el lugar más exigente de la República.

—Si me dan más plata, el año que viene podré levantar seis "cazadoras de nubes" más... y entonces sí habrá agua a discreción.

La actividad de Gouffé era extraordinaria. En menos de dos años había montado la más formidable usina del mundo. "¡32 cazadoras!", ni los Estados Unidos las tenían!

—Y será posible —insinué— será posible contar... ¿con cuántas nubes para mi proyecto?... con...

—¿Ya empezamos con las preguntas? —comenzó a defenderse el director—. No, no me pregunte con cuántas... Consiga Vd. que se establezca el "Día de la lluvia" y después veremos. Le juro que si el presidente me pide informes sobre las posibilidades yo voy a ser pródigo. Eso se lo garantizo. Pero no me pida ahora nada. Tiene mi apoyo...

Encendí un cigarrillo para poner mi guión de humo entre su peroración y mi nueva acometida.

—Bueno. ¿Y qué día cree Vd. que sea el indicado para el festejo? —pregunté, largando una bocanada y sacándome una hebra de tabaco metida entre mis labios, como una pestaña en los párpados de una mujer...

—Consulte la Biblia, amigo, busque una fecha que sirva para evocar los días del diluvio, por ejemplo...

—¡Admirable! Por ahí, por ahí andamos bien. Y dígame, mi querido director: si en mi periódico hago una pregunta sobre la ansiedad de los viejos, es decir, de todos los que en la ciudad no vemos llo-

ver desde hace un tiempo enorme, ¿Vd., mi caro director, respondería el primero?

—¡No me meta en esos líos! —protestó—, ya los poetas se han encargado de evocar aquellas tardes lluviosas de las ciudades, de los pueblos de antaño. Es bastante ese lamento de poetas y escritores. ¡Mejor argumento no se puede pedir!... Publique Vd. la "Elegía al cielo con nubes", del autor de "Ciudad", y tiene bastante.

Entraron tres personas, a un mismo tiempo, en el escritorio. El director firmó dos planillas. Presencié este diálogo rápido:

—La "cazadora 16" no atrapa bien —exclamó uno de los sujetos—. Hacia el Este tiene un alcance mínimo. Sobre el Atlántico hay abundancia de nubes, pero la 16 no da más... Probaré la 6, si le parece...

—Consulte al ingeniero Kilper, pero sin decirle que me ha enterado a mí —respondió Gouffé, rápidamente.

—¿Se envían los celajes al doctor Saeta?

—Prepare cuatro lienzos, nada más. —Y dirigiéndose a mí continuó—: Ya ve usted, el doctor Saeta, el gran pintor, por intermedio del Presidente de la República, ha conseguido celajes, que colorearemos, y nubes a su gusto, para una puesta de sol... Da una fiesta y desea ofrecer a sus amigos, en la residencia del Azul, una entrada de sol como las de 1927, por ejemplo...

—Sí; eso está muy bien, pero no se utilizan —respondí yo.

—¡Ah! ¡Es que si quisiese utilizarlas, yo no se las concedería! Le envío cirrus, cúmulus y uno que otro estratus. Y verá, por las fotografías que sacaremos de ese ocaso, verá Vd. ¡qué bien ubicadas,

qué bien ordenadas, qué cuadro! A la verdad —continuó— que el artista que tenemos en la "distribuidora" es de una habilidad extraordinaria. Ningún país tiene un técnico como él...

—Y dígame, director —inquirí—: ¿El doctor Saeta paga de su bolsillo la energía eléctrica necesaria para suspender esas nubes en el espacio?

—Claro está, la paga él... No es mucho, por cierto. Si utilizase las nubes para regar sus sembrados o fertilizar sus campos, le costarían mucho más. Esas nubes hacen una visita a la región, nada más... Y vuelven a su depósito, después de la entrada del sol. ¡Van alquiladas, mi buen amigo, alquiladas!

Aproveché para preguntarle:

—¿Y para el "día de la lluvia" ha pensado una decoración apropiada?

—Descuide, descuide Vd. eso... —respondióme—. Consiga Vd. que el Gobierno lance el decreto y verá qué sorpresa. ¡Alquiladas sí; para consumo y riego, es otra cosa!

Salí. Ya había conseguido lo que necesitaba: el apoyo moral, la palabra de Gouffé; ahora a emprenderla con el Gobierno...

Me fuí a mi periódico, con mil ideas nuevas que deformaban las visiones de las cosas contempladas. Anduve buen rato, a tontas y a locas, por las calles. Los vehículos tomaban formas raras; las puertas parecíanme estrechas; las casas altas y bajas, sin medida; las personas eran más bien sombras lamiendo los muros... Yo andaba con mis nuevas ideas en la cabeza, con proyectos fantásticos que se chocaban unos con otros, como vehículos manejados por niños locos. Andaba con una babel en la cabeza, cuando me tocó en el hombro mi hermano.

—¿Qué? —dije sacudiendo la cabeza.

—Y ¿se arregló todo? —interrogóme.

—¡Déjame en paz! —exclamé—, lo que te propones es una cosa comprometedora.

—¡Siempre el mismo! —vociferó—, no me quieres ayudar en nada... Pongo a nombre de otro el negocio, si te parece —argumentó.

No sé cuándo se fue de mi lado, pues "al entrar en el diario" comprobé que no subía las escaleras conmigo.

Lo que me proponía mi hermano era, realmente, comprometedor. Quería —ahora puedo decirlo por escrito— quería que yo le enterase de la marcha de mi lucha por conseguir el decreto, a fin de poder él, con un amigo, mandar fabricar cien o doscientos mil paraguas.

Quedaban en aquella época, en los museos, paraguas de todas clases. Había pasado ya casi un centenar de años y en los negocios hallar un paraguas era realmente tan raro como dar con un par de tiradores o un peine de aluminio... Decíase que por las provincias —no en las ciudades, por cierto, pues jamás llovía en ellas, ni por equivocación— sino en las estancias, solían hallarse paraguas como reliquias. Pero no servían para nada, pues las polillas los habían acribillado. Abrirlos y ponerse bajo de ellos, era gozar de una sensación extraña. Uno imaginaba estar bajo un pequeño cielo estrellado, pues las polillas al hacer agujeritos, habían conseguido dar la sensación de las estrellas con la luz que se filtraba desde arriba. Recuerdo haberme puesto bajo uno de ellos y sentir el ruido menudo del agua, como si pasease por las calles en una tarde de lluvia de aquellas de antaño.

Mi hermano quería hacer negocio. Decretado el "día de la lluvia", ellos iban a poner en venta una fabulosa cantidad de paraguas y sus ganancias habrían de ser pingües. Pero mi dignidad estaba por encima de sus paraguas. No quise complicarme en aquel momento. Tal vez lo que me decidió a marcar mi negativa con la tinta más negra de mi indignación, fue el tupé del socio de mi hermano. Una mañana —yo no sé si por broma— me llamó por teléfono a casa para decirme que se iba a fundar un comité pro implantación del "día del paraguas". Desde aquel instante rompí las relaciones con mi hermano y su socio.

II

En mi calidad de co-director del "Diario de Ayer", hice una campaña continuada a favor de la tradición. Como secretario del comité pro implantación del "día de la lluvia", insistí sobre la necesidad de que el Gobierno diese con premura el decreto. A raíz de mi campaña, visité las Altas Usinas, que dirige Gouffé. Estuve, casualmente, el día que el doctor Saeta —el conocido pintor— daba su gran fiesta en la residencia del Azul. Y desde las Usinas pude presenciar los trabajos del técnico de la empresa.

A las cinco de la tarde emprendimos viaje en la vagoneta 17, en dirección a la cazadora 12, desde la cual partirían las nubes destinadas al doctor Saeta. Cuatro minutos escasos demoramos en arribar desde la primera cazadora de nubes hasta la 12; el brevísimo viaje lo hicimos en una atmósfera húmeda y desagradable. Quien ha viajado por entre las cazadoras de las usinas, sabe lo que es es-

tarse cuatro minutos en una vagoneta que corre a 280 kilómetros, por encima de las cazadoras, a una altura de 250 metros. Es mejor no respirar. Y menos aún decir una palabra. Silenciosos —Gouffé, el flaco y largo del secretario, el técnico y yo— anduvimos los cuatro escasos minutos, por encima de once cazadoras, hasta llegar a las 12. Pasamos, en el curso de la ruta, siempre al borde de las grandes y redondas bocas. Observé que estaban cerradas cinco de ellas y dispuestas las restantes para atrapar las nubes. Evoqué, en aquellos segundos, los gasómetros de antaño, enanos ante la magnitud de las cazadoras. Si a alguno de nosotros se nos hubiese ocurrido lanzarnos en una de aquellas bocas, seguramente tendríamos una docena de días para llegar abajo. La densidad de los contenidos de las cazadoras es tan grande, que nuestros cuerpos allí precipitados se parecían a las flores del cardo en el aire o esos "burritos del teniente" que danzan en el viento sin caer jamás a tierra.

Buen rato estuvimos en el puente de la cazadora 12, esperando la puesta del sol. Reloj en mano, el técnico y monsieur Gouffé contemplaban el horizonte. En un pequeño mapa estaba señalado el sitio donde debían ser mandadas las nubes. Una cruz indicaba al residencia del doctor Saeta, distante no sé cuántos kilómetros del sitio preciso donde irían a parar las nubes.

Uno o dos minutos antes de comenzar la tarea, se oyeron a los dínamos de la cercana "distribuidora" funcionar rabiosamente. Yo miraba las palancas, los termómetros, los graduadores, los altímetros, como si fuesen ellos personas a quienes no se puede hablar... Me di a recordar una ocasión

en la cual interrogué a un soldado metido en una garita. Se me abalanzó otro —esto era frente a un cuartel— quien me gritó: ¡A ése no se le puede hablar! Así me representaba yo las palancas, como soldados en garita, inmutables, graves, importantes, como una llave de incendio.

A una hora determinada, desde aquel puente de mando, el técnico comenzó a hacer girar ruedas y a bajar y subir palancas. Un gran silencio nos envolvía a los cuatro. Gouffé fumaba. Su secretario tomaba notas. El técnico, dándose vuelta bruscamente, me dijo:

—Mire por el ojo ese que tiene a la derecha.

Giré rápidamente. Apliqué la cara al ojo de buey indicado y pude ver, como disformes dirigibles o lienzo o gasas, una procesión de nubes que se alejaban. Desde la cazadora número 12 partía la caravana de nubes. Al salir no se veía nada. Estábamos tan cerca, que resultaba apenas una neblina.

—¿Quiere ver usted cómo cambian de formas? Observe... díjome Gouffé—. Y dirigiéndose al técnico continuó—: alargue aquella redonda... total, va a tener que extenderla a la llegada.

Vi alargarse una nube blanca paulatinamente. El ruido de los motores hacía trepidar el puente.

Elévelas un poco, José —exclamó el director—. Alce un poco aquella de la derecha, así marchan todas en línea.

Vi elevarse una de las nubes, al instante.

—Le voy a dar sombra a la de la derecha, con un poco de densidad en el centro... —dijo José, el técnico.

Vi sombrearse la nube alargada. El sol poniente comenzó a darles colores variados. Si el técnico quería obtener un rojo subido, combinaba planos,

acercaba unas, separaba otras, pintaba, en una palabra, con las nubes, lo que se le antojaba en el cielo de aquella tarde. Un golpe de palanca y eléctricamente bajaba o subía un color, achicaba o agrandaba un plano, construía palacios de nubes en el aire.

—¡Esto es perfecto! —exclamé.

—Lástima que la entrada de sol, que le proporcionamos al pintor millonario y sus amigos, no tendremos el gusto de verla... Pero —prosiguió— ya la tendremos en alguna de sus telas famosas. Posiblemente será el fondo de un retrato que hace en estos momentos del poeta César Casá.

Las nubes se iban alejando. Pude distinguir algunos pájaros, águilas quizá, que ascendían hasta la nube en viaje.

—Mire usted —dije dirigiéndome a Gouffé, que contemplaba las nubes con un alarga vista— mire qué teoría de pájaros.

—Es un fenómeno corriente, caro amigo, que usted ignora. Cuando expedimos nubes, los pájaros siguen la ruta y son incansables. ¡Como hace tanto tiempo que están sin ellas, se maravillan de verlas! —respondióme Gouffé.

La bandada se fue multiplicando. Me noticiaron que eran patos salvajes los que seguían el curso con más interés.

—Hasta magníficas aves —dijo el técnico— le enviamos al gran pintor.

Se fueron poco a poco perdiendo en el horizonte. El cielo ya estaba azul, como siempre, limpio, diáfano.

—Ahora mire aquí —me indicó el director— aquí podrá ver la ubicación de las nubes.

Miré en el recipiente de cristal que me señalaba Gouffé y pude ver el plano total de la provincia de Buenos Aires. Era un plano en relieve, metido en una caja de cristal. En algunos sitios se podía observar unas pequeñas nubes de vapor. Se trataba, pude percatarme al momento, de un indicador maravilloso.

—Ve —me señaló el técnico— aquí, aquí y aquí, llueve en estos momentos —marcaba con su índice largo, afilado, con una uña blanca como no he visto otra—. Aquí están las nubes que acabamos de lanzar. Cuando quiera recogerlas, esta noche seguramente las recojo y vendrán con ellas los pájaros, como hipnotizados. Tome usted los anteojos y vea en la cazadora 6 la enormidad de aves que están ubicadas en los bordes.

Miré y pude comprobar el caso. Infinidad de pájaros adornaban los bordes de la cazadora indicada.

—Vinieron con una gran nube que cazó la 6 en pleno Océano. Es la de más alcance la 6. La nube llegó hoy, a las 12, y todavía los pájaros la esperan.

Cayó la noche sobre todos. Cazadoras, usinas, ciudades, casas, hombres... Las estrellas brillaban como siempre. Bajamos. Yo tenía una tristeza tan grande que casi me pongo a llorar. Y en casa recorrí un libro de estampas, con lágrimas en los ojos. Un libro de viejas estampas con nubes. No sé, pero me parecía que me acompañaba a llorar toda la ciudad.

III

Los antitradicionalistas del "Diario de Hoy", al enterarse de mi campaña en favor del decreto gu-

bernativo, la emprendieron contra mí. Conservo aún las burlas que me endilgaron. En una caricatura me representaban como novio de la lluvia, declarándome a una nube. Se burlaron de los poetas, satirizaron a los de la Comisión y hasta hicieron correr el rumor de que yo había puesto una fábrica de paraguas. Por último, en los muros de avisos, aparecieron una mañana enormes letreros que versaban: "¡Guerra al paraguas!" Y en otros la siguiente leyenda: "Querer implantar el "día de la lluvia" es querer embarrar la ciudad. Sólo los que aman el lodo pueden defender las ideas de los de ayer..."

El grupo revolucionario de la izquierda envió una nota al Presidente de la República, pidiendo que no se hiciese lugar a lo solicitado por nosotros, pues era un atentado a la higiene. Decíase que si queríamos ver llover, nos fuésemos a las Pampas, a los sembrados; que para los obreros el "día de la lluvia" resultaría el día de la pulmonía, etc.

No obstante, mi campaña continuó. Y como por conducto fidedigno supe que el Presidente había resuelto que durante su mandato no lanzaría el decreto, decidí conspirar.

Y así fue. Resolvimos ocultar nuestras reuniones, evitando la publicidad. Al parecer, habíamos terminado nuestra campaña. Pero, lejos de ello, nos reuníamos a deliberar los amigos de la lluvia en la sede de Los Cofrades de la Ciudad, un entrepiso de media luz, en plena Avenida de Mayo. Allí nos confabulábamos y aquellas tertulias tomaron visos de conspiración.

En efecto, el Gobierno constituído era francamente antitradicionalista. No iba, por lo tanto, a

lanzar el decreto. Había que valerse de medios ilícitos, para dar una lección de sano patriotismo a los revolucionarios del Poder.

Una noche, uno de nuestros camaradas presentó a la asamblea al técnico de la "distribuidora". Yo ya le conocía, de manera que para mí, verle llegar del brazo de uno de los nuestros, fue motivo de tamaña alegría. Se trataba del "artista", como le llamaba Gouffé, que había dirigido la puesta de sol en la fiesta del doctor Saeta. También entraba él en la conspiración. No podía concebir, como buen artista, que se privase a las gentes de las ciudades de la alegría de la lluvia, del cielo nublado, de la infinita poesía que hay en una llovizna... Tomó la palabra José de Antuña —así se apellidaba el técnico— y pronunció un gran discurso, memorable en los anales de la confabulación. Y sus argumentos terminaron con los versos de Fernández Moreno, aquellos que dicen:

Yo no sé, cuando llueve me parece
que todos somos más hermanos...

Digno final de quien, como Antuña, siente la tradición y no es ajeno a las cosas supremas de la naturaleza.

Dos reuniones más y el plan era perfecto. No sólo Antuña estaba con nosotros en las Altas Usinas, sino que también un práctico de la cazadora 6, dos técnicos de las cazadoras y el ayudante de Antuña, quien, la mayoría de las veces, quedaba al frente de la "distribuidora general".

En mi calidad de periodista y amigo de Gouffé, pude entrevistarme con Antuña repetidas veces, en plena usina. Estábamos, pues, de acuerdo para no malograr nuestra tarea. Resolvimos decretar entonces el "día de la lluvia" por nuestra cuenta.

Ya las fracciones revolucionarias de los antitradicionalistas habíanse olvidado de nosotros, cuando la sorpresa más grande cayó sobre la ciudad de Buenos Aires.

En el amanecer del 25 de julio de 1999 estábamos instalados, Antuña y yo, en el puente de la "distribuidora general". Mi hermano y su socio, en la cazadora 6, después de haber cortado los cables que unen a ésta con la 16, la 19 y la 23, en donde estaban —poco menos que atrincherados— el doctor Saeta, Julio Castro y Serafín Mendoza, en la primera; el poeta César Casá y el pintor Anatol, en la 19, y un compañero codirector del "Diario de Ayer", el novelista Fernando Blanco y la pintora María del Carmen, en la 23.

Vimos salir el sol en un cielo limpio, terriblemente limpio, sin la más leve nube. Ya durante la noche, las 32 cazadoras habíanse encargado de atrapar todo lo que en el cielo había. Parecíame que hasta las estrellas habían sido barridas por aquella poderosa usina. Los campos, maravillosamente verdes, daban una sensación de vida tan grande que nos infundía coraje. En cambio, la ciudad gris, polvorienta, seca, se presentaba ante nuestros ojos como una planta rastrera; yermo el terreno, ceniciento, triste.

Para evitar sospechas nos comunicábamos muy poco, utilizando las ondas de cuando en cuando, una vez para saber si estaban listos, otra para comprobar que nadie se había dormido, y por fin, para dar la orden de lluvia.

Desde el puente de la "distribuidora", el más alto de la usina, con los anteojos divisaba claramente los puentes en donde se habían instalado los compañeros. Desde allí, Antuña dio la orden, in-

dicando, por las ondas, cuáles palancas debían bajar, cuáles subir, a fin de lanzar nubes sobre la ciudad. Una vez lanzadas, ya se encargaría Antuña de hacerlas transformar en lluvia, desde la "distribuidora". Estábamos, pues, en el sitio más importante. Todo dependía de un golpe de puño de Antuña. A las siete y media, el técnico me dijo:

—Llegó la hora. Vigile usted en el marcador el rumbo de las nubes. No pueden tardar en ubicarse más de trece segundos, pues estamos a 30 kilómetros de la ciudad. Cuando usted descubra, encima de Buenos Aires, una mancha gris, me grita, que yo desde allí —señaló un sitio— con un solo golpe, produzco el equilibrio en las capas atmosféricas y nuestro ideal se habrá realizado. ¡Atención!

Mis ojos se clavaron en el recipiente de cristal y bronce. Aparecía allí un mapa de la Provincia. Un círculo redondo señalaba la ciudad, adonde, por cierto, iba a llegar, por primera vez, la pequeña mancha gris indicadora de la ubicación de las nubes.

Oí a Antuña impartir órdenes.

—¡16! ¡Bajen la palanca A y ténganla caída cuatro segundos!

—¡6! ¡19! ¡23! ¡Las palancas A y S bajas dos segundos !¡Luego toman la vagoneta y nos pasan a buscar!

Miré al cielo. Oscurecía. Un miedo nunca experimentado me aflojó las piernas. Las nubes corrían por el cielo, como si fuesen un enorme telón que pusiese fin a una farsa. Había perdido, se comprenderá, la orientación y las proporciones. No sabía, a ciencia cierta, dónde era abajo, dónde arriba... Apenas pude distinguir la mancha gris,

colocada encima del círculo de ubicación de la ciudad. Apoyado en el cristal de aquella caja, pude gritarle a José de Antuña:

—¡Ahoraaa!

Y recobré valor. Inmediatamente de lanzar el grito, bajó el técnico demacrado, tambaleante, secándose el sudor de la frente torpemente con ambas manos. Sus primeras palabras fueron:

—No sé si resistirán los compañeros... La señorita María del Carmen... Tengo miedo.

Yo no comprendía nada. Después supe la razón de aquella inquietud. El vacío que forman las nubes al partir, las diferencias atmosféricas, la electricidad desparramada, en fin, mil fenómenos, naturales por cierto, trastornan a los que se hallan en las Cazadoras tanto como a los de la "Distribuidora". Sin embargo, yo no perdí el conocimiento, causando admiración a Antuña.

—Si yo les advierto a los compañeros de este trance, no conseguimos lo propuesto —dijo Antuña—. Esperemos en el pasaje de las vagonetas y a luchar para salir de este enjambre de nubes!

Terminaba de hablar el técnico, cuando se oyó un estruendo espantoso. Retumbó en las Altas Usinas como un trueno de antaño.

—No se alarme —exclamó mi compañero— es la señal de peligro que acaban de dar. En este instante toda la usina está enterada. Si demoran los amigos en llegar nos cazarán como a gaviotas en el borde de las Cazadoras. Voy a dar una señal de alerta para demorar la caída.

Corrió a una palanca, la alzó dos veces y un estruendo parecido al anterior se oyó rodar por los campos, como una bola inmensa sobre un vastísimo piso de madera.

—Con esto sabrán que estoy atento. Pero, ¡llueve sobre Buenos Aires, querido amigo! Mire, mire, en el marcador!

Una mancha gris había sobre la ciudad. Apenas tuvimos tiempo de contemplarla, cuando sonó la campana de arribo de la vagoneta. Las ondas repetían la voz terrible de Gouffé:

—¡Antuña! ¡Antuña! ¡Qué pasa! ¡Conteste, qué pasa ¡José, José... ¡Antuñaaa!

Venían en la vagoneta, apiñados, todos los amigos. En los brazos de César Casá venía María del Carmen, desvanecida.

—¡Qué ha sucedido, Antuña! —exclamó fuera de sí el doctor Saeta—. ¡Catástrofe!

Antuña no respondió. Apenas una sonrisa en los labios. Tomó el volante de la vagoneta y la hizo correr, correr, hasta encenderle la capa de aluminio que la recubría. Habíamos andado 18 segundos, cuando la detuvo. Todos habían reaccionado. Y llegó el momento de deliberar. A lo lejos se veía el coloso de la usina, con sus 32 cazadoras, que me parecían fantasmas camino al horizonte...

—Bueno, mis amigos —exclamó Antuña—. Todavía en las Altas Usinas, no saben lo que pasa. Desprendidos los cables de unión, nadie puede subir a la "Distribuidora". Luego, sólo se sabe que han partido, o se han escapado más bien, varias nubes... Pero, donde llueve, sólo lo sabemos nosotros y los habitantes de la ciudad. Gouffé lo ignora todo, si no le han avisado de Buenos Aires.

—Marchemos a la ciudad —opinó mi hermano— es lo mejor.

Comprendí que no lo llevaba a ella otro fin que vigilar su negocio... Ya estaban listos los cente-

nares de paraguas que creyó conveniente mandar fabricar. De manera que colocándolos en la calle, en manos de revendedores, la ganancia debía ser de primer orden.

—Buena idea —dijo Fernando Blanco—. Yo quiero llegar a la ciudad. Este espectáculo me servirá para una novela que pienso escribir, con todos los detalles de la aventura.

No había terminado de hablar el novelista, cuando Antuña lanzó la vagoneta sobre Buenos Aires. Habrían pasado unos treinta segundos y sentimos el balsámico aire de la lluvia. Y, al instante, comenzó a oírse el agua sobre el techo encendido de la vagoneta. El aluminio, ardiendo por la velocidad, transformaba en vapor las gotas del agua llovida. Envueltos en una nube de vapor llegamos a la estación Retiro. Allí, la gente agrupada, discutía el fenómeno. Al vernos llegar, los cómplices de la aventura que nos aguardaban empapados, alegres, festejaron nuestro triunfo. Corrillos en las plataformas, hacían mil comentarios. En cambio, otras personas se dejaban estar bajo la garúa, chapaleando barro, unos, en la plaza vecina, alzando la cara de frente a las nubes; otros y los más, corrían por las aceras, danzando, cantando, locos de alegría. Pude presenciar los azorados rostros de los adolescentes que jamás habían salido de la ciudad. Contemplaban la caída del agua entre miedos y dudas, entre alegría y asombro. Los mayores, que habían perdido la noción exacta de lo que era un día de lluvia, se quedaban extasiados, mudos de sorpresa. Yo había visto llover por el año 1956, en la Pampa, y mi estado de ánimo era parecido a los de la ignorancia total. Por instantes imaginábame estar metido en un cuadro de Saeta,

uno de esos magníficos cuadros del pintor de la lluvia y de las nubes.

Bajo la garúa, que caía con una lentitud encantadora, nos largamos a caminar. Aquella delicia era obra nuestra. Un poco omnipotentes, endiosados, silenciosos como corresponde a una situación de hombres emprendedores y coronados de gloria, seguimos a pie hasta las diagonales. Por las aceras-conductoras iban centenares de peatones. Nosotros, indiferentes al progreso, por el medio de la calzada, andábamos con nuestras propias fuerzas. El gentío que se dejaba llevar por los movedizos senderos de las aceras-conductoras, nos contemplaban sorprendidos por nuestra actitud. Ellos, que habían depositado en la correspondiente ranura sus monedas, para adquirir sitio en la acera-conductora, nos miraban como antaño se contemplaba a un peatón que hacía su camino a pie, entre la balumba de automóviles. Eramos objeto de comentario. Y por eso, sin duda, los policías nos sorprendieron. Habríamos andado diez minutos, cuando fuimos apresados. Un agente de la policía secreta, el cual empuñaba un paraguas de los fabricados por mi hermano, nos condujo a la más próxima Casa de Averiguación.

Nuestro proceso —como es de público dominio — duró tres días. Fue el más largo proceso que se registró ese año —conjuntamente con los ladrones de electricidad—, de los más largos registrados en la nueva legislación. Se nos condenó por atentado a las costumbres, haciéndosenos también responsables por 10 años de la demencia provocada en un buen número de personas, enloquecidas ante el magno espectáculo. Duraba aún la garúa, cuando terminó el proceso. De él salía la gente con para-

guas. Mi hermano, apenas hace dos meses, pudo cobrar las ganancias de su negocio. Los condenados debimos soportar un baño de lluvia que duró ochenta y seis horas, comprobando —como dijo un humorista del siglo pasado— que éramos insolubles en el agua...

Cumplo con un deber al manifestar que estas páginas han sido escritas para satisfacer los deseos del ejemplar gobernante creador del Día de la Lluvia, a quien, por lo tanto, quedan dedicados.

LA PERFORADORA

I

—¡Encarna! —llamó con grito ronco Sigüenza a su mujer—. ¡Encarna!...

Y por entre el tupido cerco de madreperlas y ligustrum pasó la clara vocecita de Encarnación:

—Voy, estoy encerrando al ternero...

Los rayos del sol poniente traspasaban el follaje. El humo de una fogata de basuras ponía una movible cortina en la tapia. Con un cortaplumas, Sigüenza limpiábase las uñas, de pie, como un tronco, en el patio de los naranjos. A su alrededor iba y venía el perro de la casa. Clocleaban las gallinas en el vecino gallinero de palos y escaleras rústicas. Pájaros trazaban trayectorias caprichosas por el cielo. Laboriosas hormigas seguían su caminito, a pocos pasos del hombre.

Se oyó un portazo y el balar de un ternero. Sigüenza levantó la vista. Encarnación, con un balde de leche venía hacia él, de blanco, con los brazos remangados y el cabello caído sobre la cara.

Cerró Sigüenza el cortaplumas. La mujer dejó el balde de leche en una mesa de piedra, bajo el naranjo mayor.

Encarnación era bella, rubia, blanca. Tenía más de veinticinco años y una sonrisa dolorosa para todo el día, desde el amanecer a la caída de la tarde. La noche poníala plácida y tranquila. Mirando el camino que pasaba frente a la casa, tornábase silenciosa, como dueña de un pensamiento oculto. ¿Por qué ese camino la ponía pensativa? ¿Por qué iba a la ciudad, a la lejana ciudad? Si alguien pa-

saba por allí, miraba el bulto perderse en los campos, allá en la loma, donde desaparece el camino. Si se acercaba Sigüenza y ponía una de sus manos en su cabeza, ella tomaba aquella mano, se la llevaba a la boca y la besaba. Luego, si él se lo permitía, se la llevaba a sus mejillas y se daba el calor que en ellas se encendía... Y siempre mirando el camino, como si fuese una persona querida o ingrata, indiferente de tan hermosa...

—Mañana vendrá la perforadora —dijo Sigüenza, caminando hacia la mesa de piedra— y en seguida comenzarán a hacer el pozo.

—¿Dónde? —preguntó su mujer.

—Al lado del depósito, ¿no te parece bien?

—Sí, al lado del depósito...

Caminaron hasta la casa. Sigüenza buscó una silla y se sentó de frente al camino, en una galería. Cuando Encarnación terminó de arreglarse y disponer la comida, fue a su lado. Preguntó:

—¿Y el sillón?

Aquella pregunta era un reproche. A Sigüenza jamás se le ocurría traer el sillón para ella.

Fue por él.

Se hamacaba cansadamente, silenciosa, pensativa, mirando el camino, cuando Sigüenza le dijo:

—El que viene con la perforadora es Mario Cufré.

—¡Ah, sí! Mario Cufré, aquel del asunto con Susanita...

—Sí, el mismo —e hizo una pausa de indeciso— con Susanita, Clara o María Esther... Todas esas loquitas todavía andan atrás de Mario.

—¿Y él?... —preguntó encarnación.

—Como siempre... No lo caza ninguna...

Era ya de noche. Sigüenza había fumado tres ci-

garrillos seguidos. Encarnación miraba el camino y de vez en cuando suspiraba.

Aquella escena, anterior a la llegada de la perforadora, se venía repitiendo desde cinco años atrás. Los mismos días, las mismas palabras, una sola conversación continuada, un tanto fatigosa, siempre desganada.

Sigüenza era feliz. Encarnación también, mirando el camino que lleva a la ciudad. Nunca pedía nada. Jamás insinuaba un cambio. Sigüenza pasábase el día en el campo. A veces, desde una ventana, ella lo veía trabajar, allá a lo lejos. Recorrer los campos, curar animales, cuerear... Volvía al atardecer, cambiaban algunas palabras, cenaban y a la cama.

Desde hacía una semana había una preocupación. Hacer un pozo para tener agua potable, y poner un bebedero cerca de la finca.

Pero llegaba la perforadora. Todo estaba solucionado. Con ella entraría el progreso, seguramente. Aquella máquina abriría un pozo de agua cristalina y se volvería a la ciudad.

La víspera, Sigüenza abrió una botella de vino reservado para festejos, mientras Encarnación contemplaba el camino.

Cuando su marido la llamó desde el comedor, Encarnación volvió a la realidad. Estaba soñando, dejándose ir por ese camino que, allá a lo lejos, en la loma, se perdía. En la noche, el rastro aparecía más claro. Los campos de un verde oscuro daban relieve al camino lejano. Era ese mismo camino que pasaba por frente a su casa, solitario, abandonado en la pampa.

Encarnación estaba soñando cuando su marido la llamó desde el comedor. Era la realidad. Y, fro-

tándose los brazos desnudos, con un mimo singular, entró en el comedor...

II

Tres días bravíos de calor llevaba Cufré trabajando, sin levantar la vista. Sus fornidos brazos acompañaban al barreno subir y bajar constantemente. Aquella barra de hierro, aquel enjambre de poleas, aquellas explosiones de la máquina y el sordo ruido de la barreta hundiéndose en el suelo, tenían impresionada a Encarnación. ¿No era acaso el progreso que insistente repicaba como una campana en la estancia?

Asomada a una ventana, Encarnación se pasaba la tarde. Mario Cufré daba vueltas alrededor de la barra perforadora, con los brazos en alto, haciéndola girar por medio de un trozo de madera que hacía una cruz en el hierro.

No levantaba la vista. Repetidas veces se le cayó el sombrero y siguió machacando, como si nada hubiese sucedido. Llegaba luego un chico —ayudante en la empresa— y recogía su sombrero. Sin abandonar el tramo de madera, tomaba el sombrero con una mano y seguía, seguía trabajando.

A veces Encarnación tenía ganas de acercarse. Pero aquel hombre joven y sin embargo grave se lo impedía. ¿Acaso la miraba en la mesa, como para darle confianza? ¿Acaso hablaba más de cuatro palabras? No le hacía caso. Dirigía la palabra a su marido: conversaba con él; reía con él, con Sigüenza, sí, era un hombre encantador. Pero trabajando y con ella era un ogro.

Una tarde, en el décimo día, Encarnación se atrevió y envióle un mate, con la negrita. Desde la

ventana ella pudo ver el gesto, el ademán antipático que hizo Cufré.

La negrita volvió con el mate lleno. Encarnación miró el pico de la bombilla y como si la mordiese se puso a chupar.

Al instante llegó su marido. Aquella repentina aparición enardeció a Encarna. Acechó, miró como una fierecilla desde su ventana, a los dos hombres. Parecióle descubrirse a sí misma.

Conversaban. Ella oía confusamente sus voces. Cufré hizo subir la barreta. El motor cambió de marcha, haciendo un ruido diferente. Quedó al aire la punta de la barra perforadora. Ambos se acercaron, tocaron el hierro raspando en él. Cufré extrajo un poco del barro adherido. Se lo enseñó, en la palma de la mano, a Sigüenza. Volvió la barra al pozo y el ruido del motor fue el mismo de antes, de todas las horas del día.

—¡Paf, pum! ¡Paf, pum! ¡Paf, pum!

Y los hermosos brazos del hombre, en alto, empuñando el trozo de madera que hacía cruz con la barra.

III

Cufré volvió al pueblo por un nuevo barreno. Había hallado una veta de piedra dura, imposible de vencer.

Al regresar, Encarnación esperó su arribo, sentada en el sillón. Sigüenza andaba por el campo. Si la hubiese visto tan compuesta, ataviada con su mejor vestido, le habría llamado la atención.

Cufré se acercó a preguntar por Sigüenza. Traía el nuevo barreno.

—¿Esperará hasta mañana para comenzar con la nueva pieza? —le insinuó Encarnación.

—No, no. Hoy mismo, tengo apuro.

—¿Qué apuro? ¿Por nosotros, por mí...?

El la miró por primera vez de frente, de cerca, en los ojos. Y, como tenía el sombrero puesto aún, se lo quitó.

La frente blanca de Cufré contrastaba con sus mejillas y sus brazos curtidos y quemados por el sol. El notó la sorpresa de Encarnación, e iba a adelantarse hablando de su piel, pues sentía las miradas de la mujer en su frente, cuando descubrió a lo lejos la silueta de Sigüenza, jinete retornando a su casa.

—Allá viene Sigüenza —dijo.

—Voy a preparar el mate, siéntese Vd. —pretextó Encarnación para dejar solo a Cufré.

Se alejó éste hacia el pozo. Encarnación fuése a su cuarto y se mudó el vestido.

A la hora de la comida, Cufré, observando que Encarnación había cambiado de traje, le dirigió varias veces la palabra.

Fue larga la sobremesa.

IV

Con la nueva barreta marchaba mejor la tarea. Sigüenza se quedó en la estancia la mañana de la prueba. Un poco extrañado de que Cufré no utilizase el tipo moderno de la perforadora rotativa: Siguenza se dio a hablar de sus conveniencias.

—Sí —respondióle el pocero—; pero con la rotativa Vd. malogra una vertiente. Perfora las piedras, hace un hueco en ellas y sigue hundiéndose. Mientras que con el sistema antiguo, con éste, Vd.

deshace la piedra, la parte y puede traer hacia el pozo, por una de las rayaduras, un hilo de agua utilísimo.

—Y, entonces, ¿qué mejoras se consiguen con la nueva máquina? —preguntó interesado el dueño de casa.

—Una sola: que el pozo se hace derecho y no se corre el peligro de torcerlo, cosa que sucede muy a menudo con este sistema. Una desviación pequeñísima le echa a perder un pozo. Tiempo perdido y rabietas. Y, si uno lo entrega defectuoso, las que pagan el pato son las varillas de la bomba, una vez instalado el molino. Cada semana se rompe una. Hay que poner mucha atención con estas perforadoras antiguas. No distraerse por nada del mundo.

Y, minucioso, atento, Cufré seguía manejando la lenta rotación de la barreta, tratando de no desviarla un solo milímetro.

—Un descuido —siguió diciendo el pocero— puede malograr un pozo; una desatención le echa a perder a uno todo el trabajo... Y vuelva Vd. a hacer otro pozo con este calor...

Sin hacer comentarios, como temiendo una distracción de Cufré, Sigüenza se alejó. Antes de salir al campo contóle a Encarnación su conversación con Cufré.

—No lo distraigan, no vaya a ser que nos salga mal el pozo —dijo.

Encarnación, asomada a la ventana, contempló al trabajador. Cufré, al descubrirla, se colocó de frente a ella. Y, con las manos en alto, agarrado fuertemente al trozo de madera, seguía dirigiendo los golpes de la barreta de hierro. De vez en cuando levantaba los ojos. Encarnación creyó verle son-

reir. El motor seguía, con sus explosiones, abriendo boquetes en el silencio de una bochornosa tarde de verano.

V

Tres días después la barra perforadora había sufrido una desviación considerable. A tal punto se había desviado que la dificultad para moverla se podía apreciar en el resoplar cansado, trabajoso del motor. Por momentos no le daban las fuerzas para levantar la barra. Al fin reventaron las poleas y aquélla se quedó fija, dentro del pozo, clavada.

Encarnación no comprendió hasta qué punto llegaba la cólera de Cufré, quien arrojó violentamente el sombrero contra la barra de hierro.

—¿Qué pasa? —gritó ella desde la ventana.

Cufré alzó la vista. Tomada de las rejas, Encarnación le sonreía. Frente al espectáculo desolador del tiempo malgastado, del dinero perdido; frente a la firme palabra de "¡no más!" que la barra inmovilizada le parecía grita, frente a todo ese imposible, Encarnación, enamorada, era una cosa blanda, dulce, fresca, tras de las rejas. Y a grandes pasos, entre enloquecido y cuerdo, Cufré corrió hasta la ventana. Agarró las manos de la mujer contra el hierro de la reja y metiendo su cara entre los barrotes buscó besarla. Encarnación dejó caer su rostro, entre las rejas, como en un cepo. El cebo de la trampa era la boca anhelosa del pocero.

—Esta madrugada nos vamos... —consiguió murmurar Cufré. Luego, repetida la frase, tomó en sus labios una fuerza inusitada de mandato.

Encarnación vio correr el camino que va al pueblo como un tren apresurado. Y en su delirio de besos, golpeando su frente en los barrotes de la reja, menudeaban sus voces afirmativas... Hasta quedarse con un "sí" en los labios.

El sol partía la tierra. Habían ásperas chicharras en las cina-cinas. Un perro, alzando la cabeza, parado a los pies del pocero, olfateaba el aire. En el andamiaje de la máquina perforadora —esqueleto de madera y poleas de cuero— se detuvo una bandada de mixtos, como presintiendo la eterna inmovilidad del aparato.

•

Quien cruce el camino que va de "La Lechuza" hacia "Tangarupá" topa con la perforadora cargada de nidos. Va poco a poco tomando la singular apariencia de un árbol seco, con múltiples ramas hospitalarias.

LA TRAMPA DEL PAJONAL

I

Decididamente —me digo fijando la vista en el poste mayor de la tranquera— decididamente, para afirmar mi capacidad y resistencia, en lo atañedero a las faenas rurales, tengo que salir al campo. Salir al campo, pasar una noche a la intemperie; padecer las "musicales" nubes de mosquitos; soportar los solapados tábanos; sufrir, en resumidas cuentas, las diarias penurias que han curtido el rostro, las manos, todo el cuerpo de mi hermano menor.

En vísperas de hacerme cargo del establecimiento, debo ponerme a prueba. Más aún, al comprender que vagas sospechas de mi incapacidad ponen temblorosas mariposas de risa en los labios firmes de mi hermano. Sonrisitas de duda y entrecortadas palabras de desconfianza.

En un estado de cosas tan difícil, debo decidir mi fortuna. Y, para sentar fama de resistente, ha llegado el momento oportuno: Me marcho con los montaraces...

(Por aquellos pagos —Saucedo, Tangarupá, Araley— se llama montaraz al leñador que, internado en el monte, voltea árboles y los convierte en astillas. Instalados en carpas o enramadas, se pasan los días al borde del río, desmontando, derribando árboles, aureolados por nubes de mosquitos que giran alrededor de sus cabezas. Beatificación salvaje, no cabe duda) . Con ellos parto, a la entrada del sol. Huelen los campos ahora. Ha sido un día rabioso de calor. Media enero. Por estos la-

res, no hay períodos ni épocas para leñar. A veces, por demorar la tarea, se argumenta que es mejor esperar que "se haga la luna"... Pero, en realidad, si del pueblo piden con urgencia leña, se va al monte sin más trámites. Hay que salir con las afiladas hachas en ristre, como si fuesen viejos arcabuces; hay que salir con un poco de carne, atada a los tientos, con una maleta de yerba, un poco de sal, una pavita, a veces una olla...

Ahí va don Bentos, seguido de Ciriaco, al trotecito los dos, los dos encendiendo un apagado pucho de chala, recién sacado de tras de la oreja. Cruzan frente a la estancia, levantando una bandada de teros que alegra la negra tranquilidad, tan tosca, tan seria, tan negra... Ciriaco acaba de estirar la pierna para, desde su caballo, cerrar la cancela. Se oye un portazo, seco, que hace levantar el vuelo a una bandada de tordos equilibristas del alambrado. Las figuras de aquellos dos seres se recorta sobre el fondo rojo del cielo, de un cielo de sol poniente, rojo, como un globo de fuego que trae la cuchilla.

El caballo de Ciriaco levanta la cabeza y galopa. A media cuadra va don Bentos, al tranco. De repente yo grito:

—¡Ciriaco!

Mi voz parece encajarse en la galería de la casa, rebotar como una pelota y, dando picadas y saltos, por el camino de naranjos, llegar a los oídos del muchacho.

—¡Ciriaco!

—¿Para qué lo llamás? —interroga una voz. Yo repito:

—¡Ciriaco, vení!

El muchacho me ve hacer un amplio ademán. He alzado la mano hasta más arriba de la cabeza y luego la he bajado hasta la cintura, una, dos, tres veces, como si tuviese en ella un pincel de brocha gorda y blanquease un muro...

El muchacho retorna. Contesto a la interrogación, dándome vuelta, decidido:

—Me voy a pasar la noche en el monte. Les desconfío a los carpincheros...

Salgo en dirección a los galpones. Durante el almuerzo, discutimos los inconvenientes y peligros que puedan acarrearnos el dar permiso a los cazadores de carpinchos. Alguien asegura que no son carpincheros conocidos. Se insinúa que puede tratarse de contrabandistas o cómplices de contrabando. Yo pienso que así puede ser. Pero, no sé bien por qué causa se les ha dado permiso.

—¿Vas a ir así? —pregunta mi madre, que está recostada a un cerco de madreselvas, toda de blanco.

—Sí, así como estoy. Mándame la manta. Hasta mañana.

Llego a los galpones. Camino hasta mi caballo, recién desensillado. Esperan que se oree su lomo, que acaban de bañar. Aunque no me parece bien salir con él así, lo seco con una bolsa, y comienzo a ensillarlo, marcando mis movimientos con una serenidad y un aplomo propio de quien pretende que no se le tomen por falsos sus pasos.

Se acerca Ciriaco. Se ubica a mi lado sin hablarme. Me alcanza la cincha, prepara los cojinillos, desarruga la badana, cuando doy con la mano abierta un buen golpe sobre el basto, ya apretada la cincha, llegan con la manta, un ponchillo y mis botas.

—Llevá las botas —ordeno al que las trae; me voy así no más...

Monto en mi malacara. El animal camina por el senderito que va hacia la cancela. Me sigue Ciriaco. Al alejarme, mi hermano, que está con el capataz, me pregunta dónde voy.

—Al monte, a pasar la noche. Voy a espiar a esos carpincheros sospechosos y mañana, si hay tiempo, paro el rodeo de las vacas...

—¿Llevás el "güinchester"?

—¡Ah! no, —digo contrariado por aquella falla; y dirigiéndome a Ciriaco le ordeno—: Traete el arm... ¡Hasta mañana!

Me alejo solo, al trote. De la fronda cercana, a mi paso, vuelan bandadas de pájaros. El sol ya se ha escondido tras de las cerrilladas. Un tinte anaranjado tiene ahora el horizonte, hacia el Poniente. Alargo mis ojos por el campo en sombras, y del otro lado de la divida veo a don Bentos, en su caballo tordillo blanco. Las sombras van apretando su figura, haciendo de él una cuña en la oscuridad metida. Galopo, alzando dormilones, refrescando mi frente con la brisa de la noche, magullando con los vasos de mi malacara las hierbas olorosas y crecidas de los alrededores de la estancia, allí donde no se acercan a pastar los novillos chúcaros recién comprados. Galopo, y mi caballo respira ruidosamente, agachando la cabeza, en un escarceo voluntarioso, mientras reconoce el camino; galopo, bajo una lechuza que me sigue perpendicular a mi cabeza; galopo con el cuerpo flojo, fijos mis ojos en el bulto blanco que es don Bentos; galopo, galopo... Cruzo la cancela, entro en el Campo del Charrúa; lívido, en la oscuridad, el cerro, antes redondo, de una sola y elegante línea, y

que ahora, víctima de la curiosidad del arqueólogo amigo Marqués Miranda, ahora se muestra encrespado de excavaciones, con una cresta ridícula en la tierra movida. Ha perdido toda la majestad de su línea...

Alcanzo a don Bentos frente al cerro. Sujeto el galope y mi caballo escarcea y hace sonar la coscoja del freno. Para las orejas, espantado por el montón de piedras y de tierra de las excavaciones. Trota junto al tordillo, manso, humilde, como si supiese que lleva en su lomo un viejo.

—¿Usted también viene, patroncito?

—Desconfío de los carpincheros, don Bentos...

—No crea, patroncito, e gente buena...

Pasamos el cerro. Antes de caer en el bajo, me doy vuelta para cerciorarme si viene Ciriaco. No se le ve, pero don Bentos que advierte mi interés y el motivo de mis miradas, asegura, sin darse vuelta:

—Viene por ahí, por la cancela... —y haciendo una pausa para que mi silencio le pregunte cómo lo sabe, continúa—: Se siente el griterío de los teros de la cancela.

Pongo oídos atentos. Efectivamente, se oye la algarabía anunciadora de su paso. Los cascos de nuestros caballos tropiezan con dos piedras sueltas de la ladera. Andamos al tranco. En el valle la brisa es más fresca, cada vez más fresca. Hace frío. La noche ha caído ya sobre nosotros. Seguimos al tranco, lentamente, por el caminito que han abierto las ovejas, serpenteado, estrecho, y que conduce al monte. Vamos el uno tras del otro. Don Bentos adelante, chicoteando en la paleta a su tordillo, un poco lerdón. Así, yendo uno tras otro, como botones de chaleco, aprovechamos mejor del

senderito, evitando el pedregal. Andamos, andamos. Se advierte ahora la frescura del monte, brisa olorosa, sensual, mezcla de agua de río y de árboles en la humedad. Se dilatan mis narices, para aspirar ese aroma salvaje que la noche arranca a los árboles, al pasto, a los matorrales, para derramarlo por el campo.

Dejamos a la izquierda un vasto pajonal. Lo bordeamos. Tiene 16 cuadras de superficie. Al entrar en la senda del monte, los vacunos se espantan y salen torpemente de la maleza en donde estaban metidos. Oímos el galope largo del caballo de Ciriaco y su silbido entrecortado... Advierto un olor penetrante a hierba pisoteada, deshecha. Al mismo tiempo, en el dorso de mi pie derecho, siento una violenta picadura. Alzo mi pie y me rasco contra la punta de la carona primero, con el mango del rebenque después.

—Hay mosquitos, ¿no? —pregunto.

—Algunos por aquí, patroncito. Allá dentro no andan...

A mi lado va ahora Ciriaco, con el "güinchester" bajo los cojinillos, cruzado sobre su montura.

Seguimos el caminito del desmonte que don Bentos ha hecho. El va delante; le sigo yo, a pocos pasos. En la oscuridad, veo la encorvada espalda del viejo; la mano a la altura del corazón con las riendas. Suenan los lonjazos del rebenque, incansable. Aparta, a veces, con su diestra, las ramas que salen al camino, pues se va haciendo cada vez más estrecho. Yo me inclino, para evitar el golpe de las ramas. Mi caballo lanza bufidos y olfatea desconfiado, receloso. Los de los montaraces, baquianos, con la seguridad de quienes los montan, andan tranquilos, al paso, sin preocuparse de las ma-

lezas, sin asustarse de las ramas caídas y secas, cuyas hojas crujen; sin erguir las orejas, como el malacara presa del espanto, ante los troncos que aparecen como mojones al borde del camino.

Don Bentos ha detenido su caballo. Yo le imito. El viejo se apea con una lentitud de rama que se cae bajo el golpe del hacha. Se apea sin decir palabra. Me bajo de mi malacara. Ciriaco, atrás mío, trata de recostar el arma a unas matas de espinillo.

Hemos desensillado. A una soga, el muchacho ata su caballo. El malacara y el tordillo se alejan por el caminito, pastando. Entre estornudos y estornudos sacuden el cuerpo sin el suplicio del recado. El malacara no se asusta ahora, porque se ve libre, libre de mi inquietud....

Nos internamos en el monte, agachados para no llevarnos por delante las ramas bajas de los árboles. Ando con el "güinchester" en las manos, por un sendero, saltando por sobre los secos troncos, arrastrando ramitas quebradizas y zarzas espinosas. La hojarasca, al ser pisada, hace en el silencio de la noche un ruido semejante al de la lluvia al caer sobre el ramaje seco, o al de las hojas, al ser abrasadas por las llamas de la hoguera. El silencio en torno es enorme, nos circunda, nos rodea, nos envuelve. Como estamos cerca de la ribera, óyense los coletazos de los peces en el agua. Estamos a pocos metros de la orilla; nos hallamos sobre una barranca. Al borde, don Bentos se detiene. Un zumbido y luego el sonido del agua agitada, nos advierte que un carpincho acaba de hundirse en el río. De pie, en aquel límite, me planto y respiro, con los pulmones llenos de un aire sensual, aromado, que me penetra alevemente. A mis pies

la barranca de unos ocho metros. Y, después, el río Arapey, correntoso, con el suave palpitar de un oleaje manso, rítmico, tranquilo.

Veo la otra orilla, poblada de árboles, una orilla baja, frondosa. El ramaje negro en la noche cae hasta las aguas que parecen un volcado cielo estrellado. Como la corriente baña los árboles de la otra orilla, se me figura el río inclinado hacia la costa vecina. Abren círculos concéntricos, en la serena superficie del agua, los coletazos de los peces. En los círculos se balancean las estrellas reflejadas y se quiebran en mil pedazos. Abandono mis ojos a la contemplación. A mis espaldas se hace una luz. Apoyado en el arma, giro mi cuerpo.

Tenemos fuego para asar la carne. Como la brisa viene del río, el humo no llega hasta mí. Busco un lugar para sentarme. Caigo sobre mi manta, con los ojos fijos en el agua, en sus reflejos.

Se oye un disparo que da tumbos por los montes; se alarga por las cerrilladas el eco y se pierde en el fondo de la noche.

—Aguas arriba andan —sentencia don Bentos.

Cruza una amedrentada bandada de pájaros, chillando.

—Es mejor no moverse de aquí —digo.

—No hay cuidau, patroncito, ellos tiran al agua.

Suenan dos tiros más, casi simultáneos.

—Pal lau de la chalana —dice Ciriaco—, por ahí salen los "carpinchos" en tropiya.

¿Serán efectivamente carpincheros?, me pregunto. Lo son. Si anduviesen en complicidad no iban a alarmar a los vecinos con sus disparos.

Doy las gracias por el mate. El asado se va haciendo, lentamente. Pienso si podré dormir. Se oye el lejano mugido del vacaje.

—Pa' mí que se ha espantau el plantel de los toros... —habla don Bentos.

Se oyen dos disparos más. Estos últimos parecen alejarse sobre la superficie del agua, encajonados en los barrancos, como el río.

La brisa nocturna no alcanza a mover las hojas. Se percibe solamente en la inclinación de las llamas. Hay un chisporroteo, cuando don Bentos sala el asado.

Un apetito montaraz pasea su rum-rum de gato huraño por mi estómago. Levanto los ojos y hallo el cielo más claro. Deben de ser mis ojos, acostumbrados a las tinieblas. Pero don Bentos, parece adivinar mi pensamiento y me saca de dudas diciendo:

—Tendremos luna dentro de una hora.

Enciende su pucho con un tizón. Se le ilumina el rostro, fiero, recio, como hecho a tajos, cortante. La nariz aguda; la frente, los maxilares, la quijada, pronunciados y agudos. Su manifestación de vida está en la quijada; su cansancio de leñador en las encorvadas espaldas, como si de cada mano le colgase siempre un hacha...

Ciriaco dormita a pocos pasos del fuego. Lo despertamos para comer. Suenan tres disparos, uno tras otro, pero más lejanos que los anteriores.

Cortamos un pedazo de carne cada uno. Galletas en las manos. Aprieto una con mi izquierda y hundo en su cáscara los dientes. La galleta se desmenuza y busco con los labios los pedacitos.

El fuego se hace mortecino. El asador, clavado en la tierra, se va inclinando cada vez más, como con sueño. Don Bentos gateando baja a la barranca, agarrándose a las enredaderas y raíces, para no caer. Lleva una latita que suena contra los tron-

cos. Traerá agua del "sangrador". El sangrador es una ría. Por allí, sangra el río, se escapa en las crecientes. Allí el agua es fresca. Oigo el chocar de la latita en la superficie; luego, cómo chorrea el agua. Tengo sed. Aparece la cabeza descubierta de don Bentos, tras una mata. Al alzar la latita en alto, para beber de sus bordes, veo entre los árboles un claror. La luna viene saliendo.

Ciriaco duerme ya. A pocos pasos, un perrito, tirado a lo largo en el pasto, me mira. Veo sus ojos fosforescentes. Como no lo he descubierto en el camino, pregunto:

—Y el perrito ¿de dónde sale?

—¡Ah! Este corta camino, patroncito. Cuando me ve con el hacha, sale pal monte derechito, y llega antes que nosotros...

—¿Pero recién aparece?...

—Es muy rispetuoso el pobrecito. Solamente cuando la gente se duerme se acerca a cuidar y comer. Mañana amanecerán los güesos no má. Cuando roncamo nojotro, come...

Yo pienso que el perrito no va a comer esta noche... La voy a pasar, seguramente en claro, con él de testigo...

Don Bentos se ofrece a hacerme la cama. Rehuso y la tiendo yo mismo. Se ha consumido el fuego. Bajo las cenizas, apenas una brasa. Me tiendo boca arriba, fumando. Un grillo araña con su chillido, el silencio salvaje de la noche. Por momentos oigo un entrechocar de alas. Algún pájaro que se ha caído de su palito, mientras dormía. Se oye un lejano murmullo. Don Bentos dice que es de la "cachueira".

—Ha cambiau el viento...

Se oye el ruido del agua, chocando con las piedras en la lejana "cachueira". Y un mosquito ronda mi cabeza. Dejo que se sostenga en la frente y hunda su alfiler. Me doy un manotazo.

—¿Mosquitos, patroncito?

—Ya empiezan...

—Son los últimos, no le haga caso.

Saco el pañuelo y me lo paso por la frente. He aplastado el mosquito. Un perfume de ciudad se engolfa en mis narices...

La luna ha puesto su claror entre las estrellas y mis ojos. ¡Magnífico cielo de verano! Susurro de fronda; oleaje tranquilo del río; insectos en la maleza; el lejano roncar de la "cachueira"; balidos, mugidos; coletazos de peces en el agua... Insomnio, insomnio de noche imprevista; insomnio de soledad, con los ojos abiertos, los huesos doloridos. El perrito y yo. Los ojos del fox-terrier, fijos en mí... Este hombre que no se duerme —pensará él — que no cesa de dar vueltas; que se envuelve en el ponchillo, que fuma, arroja el pucho, que mete la cabeza entre los brazos, se pone boca arriba, de costado, boca abajo... Encoge las piernas, las estira...

La luna entre los árboles, enredada. Pienso en una mujer. ¿Para qué? La luna viene, ¿de dónde? La mujer está... ¿dónde? Y ¿qué tengo que ver yo con ella? ¿Sería esta misma luna? ¡Qué mujer aquella tan... tan extraña! El perrito roe unos huesos, los tritura, haciendo un ruido menudo con sus dientes. ¿Estaré dormido? ¿Pienso? ¿Estaré despierto? Y ¿esa mujer? La luna, no me deja abrir los ojos. El cuerpo se me ablanda, se me ahuecan los huesos.

—El perrito come cuando todos se han dormido —dijo don Bentos.

¿Duermo? El hilo del canto de un pájaro se ha cortado en mis oídos... Duermo...

II

Se oyen los golpes secos de las hachas en los troncos. Debe ser por aquí —me digo— en esta dirección. Y camino, camino... He andado no sé cuántas cuadras...

Me indujeron a que improvisase una cacería en este pajonal, en donde no hay nada, nada que cazar! Ya tengo los pies con arabescos, de rasguños los pies y las piernas tajeadas por la paja brava. Camino rabioso. ¡Cómo es posible que no pueda salir de aquí, si oigo ¡a ver!, ¡a ver! ¡Sí, oigo el chocar de las hachas! Debo de estar a tres cuadras, cuando mucho. Camino en una misma dirección. ¡Uf! Esto no se termina, es sofocante, marea como un mar, idiotia, hace pensar cosas ridículas. Y este montículo ¿no me habrá hecho cambiar de rumbo? Sigamos por aquí firme, derecho. Se me posa en el hombro un tábano, traspasa la camisa con su púa... ¡Maldito! Me rasco. Otro tábano, o el mismo, se detiene en mi pescuezo. ¡Maldito! Un manotazo. Y le veo caer, dando giros, como una florcita seca; le veo caer y me dan ganas de aplastarle con el pie. ¡Si hubiese traído las botas! La paja brava, me ha tajeado todo, pies, piernas, manos, hasta en la cara tengo un rasguño, la oreja me sangra... Sigo andando; tropiezo, "bocicqueo", como dice mi hermano menor... Sí, es duro esto de andar sin rumbo, desorientado, a pie, en un pajonal tan tupido... ¡Claro! Me dijeron que se podían

hallar aquí chanchos salvajes, como jabalíes, y salí. ¡Ah, si no fuese por aquel estúpido ternero abichado que confundí con una chancha alzada, no estaría aquí, entre los tábanos; tajeado por las cortantes hojas del pajonal; con los pies deshechos, los brazos que no pueden más con el arma; los ojos irritados, la camisa empapada de sudor...!

Camino, camino. Me subo a un montículo, en la esperanza de hallar en él un observatorio que me permita ver un árbol para orientarme. Nada. Me estiro todo lo que puedo, los pies rígidos, derechos, se me van hundiendo en la tierra. Me afirmo en el winchester, aguanto la respiración, pues me parece que, con una gran bocanada de aire en los pulmones, aumento mi estatura. Un tábano choca en el ala de mi sombrero. Se aleja. Lanzo el aire que contenía y siento una picazón en los pies. Me he metido en un hormiguero. Salto, doy brincos, me froto los pies uno con otro. Largo el arma. Me quito el chambergo y, a sombrerazos, la emprendo contra los bichos. Felizmente son hormigas negras, de esas que muerden. Pero... mientras no respiraba, no sentía la picazón... ¿Será posible que al no respirar quedo insensible?... A ver, a ver... ¡Pero, qué idiota, ocurrírseme esto! Serán las doce, la una. El sol me consume. Es necesario salir del pajonal, orientarse primero... ¡Maldición! ¿Quién me habrá metido en este trance? Cómo me hacen falta las botas. Mi madre me las envió. Siempre contradiciéndola... ¿Por qué me suena un tango en los oídos? Desde que me perdí, o silbo o tarareo un tango. ¡Se necesita ser idiota!... Sí, pero no lo puedo evitar. Lo silbo para justificar mi respiración por la boca. Si no fuese por él, sería para mí un boquiabierta, perdido en un pajonal.

Camino, camino. He andado, dos... seis cuadras... Salto montículos; aparto, vengo apartando con las manos —creo que hacen dos horas—, vengo apartando la paja brava, tajeándome. El caño del arma me sirve para mucho. Doy grandes pasos buscando los claros, los lugares descubiertos. En el cuello me entran palitos, resacas, polvo, bichitos, insectos... De tanto calor que hace, ya muchos tábanos se han ido. ¿Pero adónde? Pongo oídos, para alcanzar el rezongo del agua en la "cachueira", pero no se oye más que el sol, el ruido del sol en el pajonal, el ruido del sol que no había oído jamás... No quiero silbar, silbar un tango idiota, que me recuerda una fiesta, un baile, el invierno... ¡El ruido del sol! Miro al cielo. ¡Me abraso! ¡Serán las doce, la una, las dos! ¿Dispararé un tiro al aire? ¿Para dónde queda el campamento? Cuando llegue, sea la hora que sea, debo ocultar este contratiempo. Pero, ¿estaré en realidad perdido? Bajo la vista. Me complazco en mirar los troncos de la paja, el yuyo, el pastizal. ¡Qué mundo éste de lo infinitamente pequeño. Las hormigas, los cascarudos, las arañitas vagabundas... La verdad que así, sentado, recibo un poco de frescura, me ampara una sombra debilucha, transpartente... Puedo mirar las nubes, cuando deja de interesarme el mundo de lo pequeño, este mundo sobre el cual me siento enorme y todopoderoso, gigante por momentos; y, repentinamente, diminuto, microscópico para meterme en la intrincada selva del yuyerío. Miro las nubes, blancas, lentas, de formas semejantes a objetos de la tierra. Hay una, idéntica a un piano de cola. ..Ahora cuando me levante, ¿para dónde dirijo mis pasos? ¿A dónde es el Norte, el Sur, el

Este, el Oeste? ¿Por qué me habrán dicho, esta mañana:

—No vengas al rodeo, te va a aburrir. Aprovechá, que dentro del pajonal andan los chanchos salvajes. Tenés una buena cacería...

¿Por qué me han sumergido en este laberinto de hojas afiladas como navajas, en este mar bravío de verdura, de follaje?

Bueno. De pie otra vez y a marchar, firme, en una sola dirección hasta hallar el final, hasta salir. Tropiezo, una, dos veces... Me viene el tango a los labios. Recuerdo una mujer, recuerdo el color de su vestido. ¿De qué me sirve ella, aquí? Me escurro entre el pajonal. Aparto las hojas, me abro camino. Sigo, sigo, con el tango pegado a los labios, zumbándome en los oídos. Olor a sol, sí, a sol. Camino, camino, rabioso, maldiciendo mi humanidad, maldiciendo esta cabeza mía, esta memoria que se aviva en un tango, en el recuerdo de una mujer, en cosas que no me sirven para nada, perdido en un pajonal...

I N D I C E

Pág.

Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos Emecé, Glo.
Ramírez 1806, el día 21 de Diciembre
de 1962, para las Ediciones del
Río de la Plata
Montevideo - Uruguay.

como en "La Perforadora"; la descripción del hombre ciudadano, agobiado por las formas de vida burguesa, de lo cual "Diariamente" sirve de ejemplo. Se advierte igualmente el estilo vital con que desenvuelve "La Trampa del Pajonal", que sirve de título genérico a la colección, o la vigorosa imaginación que trasuntan "Morir" y "Relato para 1999".

"Un creador de primera clase, de indiscutible jerarquía", según el crítico chileno Ricardo Latcham, ha sido Amorim; y como tal, figura en el conjunto de los destacados autores de la literatura uruguaya.

Volúmenes Publicados

1.- Oscar Bruschera: Los partidos políticos tradicionales.

2.- Florencio Sánchez: El caudillaje criminal en Sud América.

3.- Enrique Amorim: La trampa del pajonal.

En preparación

4.- Antonio M. Grompone: Las clases medias en el Uruguay



ediciones del río de la plata